

BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

asesinato en Wall Street

joe mogar





SS

SERVICIO SECRETO



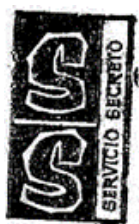
ASESINATO EN WALL STREET

JOE MOGAR

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.054

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES

CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 32.673 —1970
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: octubre, 1970

© JOE MOGAR — 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA — 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Quitó los pies de la mesa tan pronto como la vi entrar, aparté a un lado la botella de *whisky* y compuse el gesto.

No porque no la conociera o no la hubiera visto nunca, sino porque hay cosas que un hombre no debe hacer delante de su secretaria; como por ejemplo, darle un beso en la oficina, y eso es lo que estaba deseando hacer desde el día que vino a trabajar para mí, y de esto ya hacía seis meses.

Joly Dors, de veinte años... con todo lo que una chica a los veinte debe tener, incluyendo minifalda, y los ojos.

Verdes y grandes.

—¿Sí...? —dije dejando de pensar, y de mirarla, lo que me costó un sobrehumano esfuerzo.

—Una mujer le llama al teléfono, míster Warren —respondió.

Ése es mi nombre.

Alf Warren, detective particular, un tipo como otros muchos, con una secretaria que es un bombón, y con varios enemigos, entre ellos, Don Murphy, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Por lo menos eso es lo que él dice.

—¿Qué quiere?

—No me lo dijo.

Vacíle unos segundos y finalmente indiqué:

—Pásame la comunicación aquí, pero tome el otro teléfono, ¿comprende?

—Sí.

Dio media vuelta y abandonó mi despacho y mis ojos, obrando de manera independiente a los dictados de mi cerebro fueron, ¿cómo no?, a sus piernas completamente desnudas ya que al parecer, aquella mañana tuvo dificultades con sus medias.

Pensaba en ello cuando oí el insistente repiqueteo del timbre

telefónico.

Alargué la mano, tomé el auricular y lo pegué a mi oído.

—¿Sí...? —pregunté.

—¿Míster Alf Warren...?

—Sí, yo mismo —respondí.

Hubo una ligera pausa al otro lado del hilo, algo así como un suspiro de alivio y de nuevo oí su voz.

Educada, suave, con extrañas y cálidas tonalidades... voz de terciopelo:

—¿Podría venir a verme? Es importante.

Dudé unos segundos.

—¿Dónde? —inquirí después.

—Al 980 de Wall Street. Es muy importante y voy a pagarle por sus servicios lo que me pida, ¿entendido?

—¿Cuándo debo ir? ¡Ah!, concrete más las señas, por favor.

—Es un edificio de apartamentos —replicó—. Piso decimocuarto, apartamento 508-L.

No venga antes de las doce de esta noche.

—¿Cómo?

—No antes de las doce de la noche —repitió—. Mi nombre es Judy Morris... y tampoco llame a la puerta.

Habrà una llave bajo el felpudo. Tómela y entre. Le estaré esperando.

Colgó mucho antes de que hubiera podido contestarle y solté el auricular sobre su soporte.

Cuando lo hice, Joly se encontraba en el umbral de la puerta, mirándome fijamente con sus grandes y rasgados ojos verdes muy abiertos.

De los dos, fue ella la que habló primero.

—No irá a ir, ¿verdad? —preguntó.

La miré con sorpresa.

—¿Por qué no? —pregunté a mi vez.

Avanzó unos pasos, se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa, sin dejar de observarme y contestó:

—Porque no me gusta eso. A las doce de la noche... una llave bajo el felpudo y para un asunto importante... No me lo explico, míster Warren. Si fuera tan importante como le ha dicho, la cita

concertada debería ser inmediatamente, ¿no?

No dejaba de llevar razón pero no se lo dije.

Sencillamente pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para mí, Joly?

Sus hermosos ojos reflejaron asombro cuándo respondió:

—Seis meses. ¿Por qué?

—En ese caso creo que habrá aprendido a conocerme, ¿verdad?

Me sonrió mostrándome la blancura inmaculada de sus dientes pequeños e iguales:

—Por eso precisamente le dije que esto no me gustaba. Ésa... lo que sea ha logrado intrigarle y... y... Bueno, sé que va a ir, y continúa sin agradarme.

Devolví su sonrisa, y me aventuré con ella, cosa que no había hecho nunca:

—¿Por qué no es una buena muchacha, Joly, rodea esa mesa, se sienta en el brazo de este sillón y discutimos eso?

Creí que la desconcertaría pero me equivoqué de medio a medio ya que respondió calmadamente:

—Porque usted haría de todo menos discutir conmigo algo que ya tiene decidido de antemano.

—¿Y eso le desagradaría, Joly?

Volvió a sonreír:

—No, ni mucho menos, querido, pero se supone que esto es una oficina y no un lugar para que nos hagamos el amor mutuamente.

—En ese caso...

—Esta noche, míster Warren, si de ese modo puedo evitar que se meta en un lío de mil... mil...

—Diablos, ¿no? —completé.

—Sí, así es.

—¿Cómo está tan segura?

—¿De qué? ¿De qué va a meterse en un lío?

—Sí.

—Pongamos que mi intuición de mujer me lo dijo, querido.

La miré con asombro:

—¿Usted cree en eso?

—¿Usted no?

—No, ni mucho menos —respondí.

—Lo que quiere decir que a pesar de todo va a ir, ¿no?

—Sí, así es.

No me respondió.

Dio media vuelta, se acercó a la puerta que daba acceso a su despacho y me puse en pie.

Empecé a rodear la mesa un segundo antes de que ella alcanzara el umbral y la llamé.

—Ven aquí, Joly —dije tuteándola por primera vez.

Se volvió en redondo después de detenerse en seco, quizá sorprendida por mi súbito tuteo, cosa que jamás llegué a saber, y replicó, también llamándome por primera vez por mi nombre de pila:

—¿Sí, Alf...?

—V en aquí, ¿quieres?

Se me acercó y la prendí por la cintura.

No se movió, simplemente me miraba, un tanto temblorosa, con los ojos brillantes como estrellas y los rojos labios entreabiertos, y me incliné.

Fue algo que no olvidaré nunca, ni creo que ella tampoco.

Cuando nos separamos había transcurrido mucho tiempo y lo hicimos para encender la luz del despacho.

Entonces consulté el reloj.

—Se está haciendo tarde, Joly —dije—. Creo que será mejor que te marches a tu casa.

No me miró cuando respondió:

—Vas a ir, ¿verdad?

—¿Adónde? ¿A Wall Street?

—Sí, claro.

Continuaba sin mirarme.

—La respuesta es sí, muchacha.

Se levantó del sofá donde se encontraba y ahora sí clavó sus ojos en los míos:

—¿Te espero?

—No lo sé, y te estoy diciendo la verdad.

Frunció el ceño.

—Como quieras, Alf —dijo al fin—. Yo, por si te decides, te estaré esperando.

No respondí porque no me dio tiempo a hacerlo.

Sin acercarse a mí, sin un gesto de despedida, sin dar las buenas

noches, Joly cruzó el umbral de la puerta que daba acceso a su despacho dejando en mis retinas su esplendorosa figura de mujer rubia, y dos o tres minutos más tarde oí su vivo taconeo cuando abandonó su lugar de trabajo para encaminarse hacia la que daba a la salida con lo que quedé completamente solo con mis pensamientos.

Hasta que de un modo repentino me puse en pie, me ajusté el nudo de la corbata, tomé la automática y las correíllas con la funda, la coloqué en mi axila izquierda, me puse la americana, me encasqueté el sombrero y salí a la calle.

El coche.

Fui al garaje y tres minutos más tarde me encontraba conduciendo hacia Wall Street con ánimo de acudir a la cita que tenía con una mujer llamada Judy Morris, según me dijera aquella tarde por teléfono mientras que por contraste mis pensamientos iban hacia Joly Dors, mi secretaria.

Wall Street.

Detuve el coche frente al número indicado y consulté el reloj.

Las doce menos cinco de la noche.

Hacía tres cuartos de hora que me había separado de Joly y su recuerdo, un tanto agridulce, aún perduraba en mi mente, por lo que hice una mueca y traté de desechar los pensamientos con objeto de centrarlos en lo que verdaderamente me interesaba en aquel momento.

Encendí un cigarrillo y miré por la ventanilla, hacia la acera, hacia las piernas más o menos fascinantes de las muchachas que pasaban por mi lado, indiferentes a todo lo que no fuera sus propios asuntos y de nuevo, por tercera vez aquella noche, miré la esfera de mi reloj de pulsera.

Las doce menos un minuto.

Aplasté el cigarrillo contra el cenicero del coche, abrí la portezuela y descendí.

Desde la acera contemplé el edificio de imponente aspecto y me dije que una mujer que podía vivir en un lugar como aquél necesariamente tenía que ser alguien.

Entonces me acerqué a la enrejada puerta que daba acceso al portal y de allí a la escalera preguntándome *in mente* si estaría cerrada o no.

Si era lo primero, el viaje hasta allí habría sido vano. La tanteé.
Estaba abierta.

La empujé, crucé el umbral, pulsé el automático de la luz y miré las tablillas indicadoras.

Judy Morris, y el resto.

No me había mentido, por lo que avancé resueltamente hacia el ascensor, lo que dio motivo para que cuatro minutos más tarde me encontrara frente a la puerta de su apartamento.

«Bajo el felpudo encontrará...»

Me incliné y lo levanté.

La llave se encontraba allí por lo que la tomé y abrí la puerta.

El pasillo a oscuras pero allí delante, a muy escasas yardas, se filtraba una luz bajo una cerrada puerta.

El *living*.

Necesariamente tenía que serlo por lo que avancé con la mano pegada a la culata de la «Magnum» que reposaba bajo mi axila, más por la fuerza de la costumbre que por otra causa cualquiera.

Empujé la puerta.

Era el *living*, completamente iluminado.

Miré alrededor.

Vacío.

Escuché.

Silencio en tanto que las palabras de Joly repiqueteaban en mi mente como un toque de alarma.

Empecé a cruzar al otro lado, recto a una de las tres puertas que tenía frente a mí, pero no llegué porque antes me detuve para escuchar.

El mismo impresionante silencio de antes.

Extraje la «Magnum» y exclamé en tono lo suficientemente alto para que se me oyera en el interior del apartamento:

—¡Eh, los de la casa!

Ni el eco me respondió por lo que una vez más avancé hacia aquella puerta.

La abrí.

El lavabo.

Maldije entre dientes y fui a la otra.

Un dormitorio de soltero.

No me entretuve en registrar porque se encontraba tan vacío

como el lavabo y abrí la tercera puerta.

Otro dormitorio, este matrimonial, amueblado con lujo y elegancia y en el centro algo más que me hizo detenerme en seco.

Se encontraba allí, sobre la alfombra, bañado en un charco de sangre, pero no era Judy Morris, si es que en verdad en Nueva York se encontraba una mujer con aquel nombre, sino un hombre.

Un perfecto desconocido para mí, y muy joven.

De unos veintisiete años, alto, moreno, elegantemente vestido con un traje gris queregonaba a mil millas de distancia que fue confeccionado por uno de los mejores sastres de la ciudad.

Me acerqué lentamente procurando recordar los objetos que había tocado antes de llegar hasta allí y me dije que ninguno, por lo que sin otra preocupación por el momento terminé de acercarme y me incliné sobre él.

Sus ojos estaban espantosamente abiertos, reflejando una sorpresa sin límites, y lo estudié cómo había estudiado otros en el transcurso de mi carrera.

¿Registrarle?

Pensé en el teniente Murphy y fue entonces cuando me decidí.

La cartera.

Permiso de conducir, carnet de identidad, y varios papeles más de identificación, con sus correspondientes fotografías a nombre de Kincey Stevens, de Kansas, de veintisiete años... y toda su filiación completa.

En uno de los bolsillos encontré tres mil dólares, lo que probaba a ciencia cierta que el móvil del crimen no había sido el robo ni mucho menos.

Dejando todo como lo encontré me puse en pie y por primera vez desde que entrara en el apartamento me pregunté quién diablos era Judy Morris y dónde se encontraba en aquel momento.

De que vivía allí no cabía duda alguna, pues en las tablillas indicadoras de la planta baja constaba su nombre.

Empecé a registrar...

Nada interesante.

Algunos documentos que probaban que allí vivía una mujer llamada Judy Morris y una fotografía.

Podía o no ser ella, pero fuera lo que fuese la fotografía en sí era interesante en extremo.

La dejé donde estaba a pesar de todos los pesares.

Continué con el registro, ya dentro del *living*, procurando no dejar huellas y finalmente me acerqué al teléfono.

Levanté el auricular no sin antes haberlo envuelto en el pañuelo y disqué.

—Precinto de policía. Diga...

—Con el teniente Murphy, por favor —dije.

—¿Para qué le quiere?

Sonreí sin ganas.

—Deseo darle cuenta de un hecho —respondí.

—¿Qué clase de...?

—Escuche, agente —interrumpí—; el asunto es importante, o le llama o corto la comunicación.

No respondió y esperé.

Fue muy poco:

—Murphy al habla, dígame.

Sabía que estaba tratando de localizar la llamada y me apresuré.

—Hay un hombre muerto en Wall Street —dije—. Número...

Fue en aquel momento cuando hasta mis oídos llegó el insistente sonido de las sirenas de la policía y corté sin añadir más sabiendo que alguien, quizá el mismo asesino, les había llamado desde un teléfono público.

Empecé a retroceder.

De nuevo el dormitorio matrimonial, el muerto y la ventana.

La abrí.

Fuera, mucho más abajo, la circulación empezaba a detenerse.

Salté por la ventana a la escalerilla de emergencia y empecé a descender, temeroso de dar un paso en falso o de que alguno de los coches se le ocurriera estacionarse allí e iluminar con los faros la fachada de la casa.

No fue así por lo que alcancé la calle sin contratiempo alguno, di la espalda al edificio y caminé hacia la próxima esquina.

Continué andando.

Un bar.

Entré.

Ni siquiera me fijé en el tipo que había detrás del mostrador y al que pedí apenas si me acomodé en uno de los altos taburetes:

—*Whisky*.

Me lo sirvió y empecé a beber.

Pensaba, y ahora no lo estaba haciendo en Joly ni mucho menos. Eran muy otros.

Una cita a medianoche que terminaba con un crimen y una dama que desaparecía como tragada por la tierra y el estridente sonido de las sirenas de la policía que aún resonaban en el interior de mi mente.

¿Quién les llamó? ¿El propio asesino, o Judy Morris?

Era difícil de predecir; quizá la muchacha, si es que verdaderamente se trataba de una muchacha, entró en su apartamento, vio al muerto y huyó despavorida y luego, ya más serena, fingiendo una llamada anónima, les avisó dándose la coincidencia de que yo aún me encontraba en el interior de su apartamento.

También podía darse el caso de que fuera ella la que le mató, avisando del mismo modo, tratando de establecer una coartada.

Si era así, ¿por qué?

Mediaba el vaso cuando me dije que el pasar la noche completamente en vela no conducía a ninguna parte, por lo que de un nuevo trago terminé con su contenido, aboné lo consumido y salí a la calle.

Era la una de la madrugada cuando detuve el coche en la puerta del garaje donde lo guardaba, en la calle 51, y la una y diez minutos el momento justo en que entré en el ascensor dispuesto a ir a mi apartamento.

Abrí la puerta, cerré a mi espalda no sin antes haber encendido la luz del recibidor y avancé despacio hacia el *living* con ánimo de tomarme un *whisky* antes de irme a acostar, sabiendo que hiciera lo que hiciese, y aun en contra de mis propios pensamientos, aquella noche no lograría pegar un ojo.

Resultó así, pero no por lo que yo creía ni mucho menos.

Llegué a la puerta que daba acceso al *living*, empujé, crucé el umbral casi sin darme cuenta de que se encontraba completamente iluminado y entonces me encontré con el original de la fotografía que contemplara en su apartamento.

Una hermosa cabeza pelirroja, una frente amplia, ojos grandes y negros, rasgados, una nariz fina, boca roja de labios sensuales y redondo y desafiante el mentón.

CAPÍTULO II

Se había levantado del sillón en que tal vez permaneció sentada desde una hora antes o quizá más, y me estaba mirando fijamente sin pronunciar palabra en espera de que fuera yo el que rompiera el silencio.

Avancé unos pasos, me detuve y pregunté:

—¿Cómo entró aquí?

—Forcé la cerradura —declaró con perfecta calma—. Tuve que hacerlo y le pido disculpas por eso.

No respondí a aquello, sabiendo que si lo deseaba tenía tiempo para insistir sobre el tema, pero sí dije:

—Judy Morris, ¿verdad?

Arqueó una ceja de un modo imperceptible:

—¿Cómo lo sabe?

—Vi su fotografía —respondí.

—¿Le gustó?

—Es usted hermosa.

Punto final.

No respondió, y al no hacerlo le indiqué que se sentara y lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra.

Me impresionó el espectáculo pero no por eso dejé de formular una nueva pregunta:

—¿Quiere decirme por qué mató a ese tipo, *miss* Morris?

Arqueó una ceja.

—¿Qué tipo? —preguntó a su vez.

Mi primera intención fue acercarme al teléfono y sin más llamar al teniente Murphy, pero desistí.

Aquélla era la segunda cosa que podía dejar para más tarde y por tanto contesté al cabo de dos o tres segundos de silencio:

—Había un hombre muerto en su apartamento cuando entré, obedeciendo a las indicaciones que me dio por teléfono.

Se puso en pie de un salto.

—¿Un hombre...? —musitó—. Eso no es posible.

—¿Quiere que le prepare algo para beber, preciosa, y mientras nos tomamos un par de copas trata de serenarse y me lo cuenta todo?

Me miró fijamente:

—Estoy serena, pesquisa, ¿comprende? Ahora bien, la que no le entiende a usted soy yo.

—¿No...? ¿Quiere explicarse, pequeña? —pregunté haciendo un sobrehumano esfuerzo para no perder la paciencia.

—Si deja de atosigarme de ese modo lo haré, míster Warren.

Con lo que me dejó de una pieza.

—De acuerdo, *miss* Morris —dije tan pronto como me hube serenado—, suéltelo de una vez. ¿Por qué le mató?

—Yo no maté a nadie, ¿comprende, estúpido? ¿A qué viene eso de decirme que en mi apartamento hay un hombre muerto cuando yo sé que se trata de una mujer?

Salté del sillón como si en su fondo hubieran brotado alfileres.

—Explíquemelo pero despacio, muchacha —dije con voz ronca—. Desde un principio.

La vi vacilar mientras me observaba atentamente, tal vez preguntándose qué clase de loco le había caído en suerte pero no hice caso.

Esperé, y fue muy poco ya que casi al segundo siguiente empezó:

—Soy presidenta del consejo de administración de la

Oil & Company,

y una de sus mayores accionistas, ¿comprende? Eso me da bastante más trabajo del que fuera mi deseo por lo que hoy, luego de telefonarle a usted, me quedé hasta bastante tarde, exactamente como me ocurre la mayoría de los días del año. Por otra parte hasta las doce de la noche no tenía nada que hacer y una vez que me encontraba en mi despacho decidí permanecer en él una o dos horas más y lo hice así. Cuando llegué a mi apartamento y abrí la puerta del *living*... —Se estremeció, dudó un poco y añadió—: Estaba allí, en el centro de la alfombra, muerta, con el bolso en el suelo cuyo contenido se había desparramado en todas direcciones y... salí huyendo. Me asusté, palabra. Vagué por ahí por espacio de no sé cuánto tiempo hasta que repentinamente me dije que tenía que

venir a verle a usted. Llamé al zumbador varias veces, aturdida aún, hasta que caí en la cuenta de que no era posible que se encontrara acostado si había acudido a la cita que tenía conmigo y... y... entré. No sabía dónde ir, no deseaba regresar a mi apartamento, y esperé aquí.

Calló y no respondí en varios segundos.

Cuando lo hice fue para formular una pregunta más:

—¿Puede describirme a esa mujer?

—No... no creo que pudiera —replicó—, no me fijé mucho pero creo... creo que era rubia.

—¿La había visto en otras ocasiones?

—Ya le he dicho que...

La interrumpí con un gesto y cambié repentinamente de conversación.

—¿Para qué me llamó esta tarde, *miss* Morris?

Hizo una mueca, abrió mucho los ojos y susurró:

—Ahora ya no tiene importancia, pesquisa.

—¿No...?

—No —retrucó—, después de lo ocurrido en mi apartamento.

Y con aquélla eran tres las cosas que podía dejar para más adelante.

Repliqué en vista de que Judy deseaba mantener la de un principio.

—Volviendo a la rubia —dije—, ¿fue usted la que telefoneó a la policía?

—¿Qué...? Oiga, pesquisa, ¿es que está usted loco?

Uno de los dos lo estaba, eso es obvio para mí, pero no se lo dije a ella; ni siquiera respondí a su pregunta, pero sí formulé otra:

—Dígame, *miss* Morris, ¿a qué hora regresó a su apartamento?

—No lo sé con seguridad, aunque creo que serían sobre las once u once y veinte. ¿Por qué?

—La policía deseará saber eso a toda costa —respondí. Hice una pausa sin que Judy contestara nada y pregunté—: ¿La acompañó alguien?

Por segunda vez la vi vacilar hasta que dijo:

—Kincey Stevens quedó en ir a recogerme a las oficinas pero no acudió por lo que tuve que hacerlo sola.

Me envaré:

—¿Kinsey...?

Me entendió perfectamente ya que respondió:

—Kinsey Stillman. Otro de los peces gordos de la Oil como diría usted, pesquisa. Es secretario del consejo de administración de la empresa.

—¿Amigo suyo?

Me miró fijamente antes de responder:

—Sí; así es.

—¿Muy amigo?

—Escuche, pesquisa del...

La interrumpí al preguntar:

—¿Tan amigo como para tener una llave de su apartamento, miss Morris?

Se puso en pie con los ojos brillantes pero no me moví del que ocupaba.

—Siéntese y responda, ¿quiere?

Fue entonces cuando desvió sus ojos de los míos y respondió un segundo antes de dejarse caer sobre el lugar que ocupaba frente a mí:

—Tanto como eso no.

Mirándola fijamente, deseando sorprender cualquier cambio de luz en sus ojos inquirí:

—¿Quiere decirme entonces qué hacía míster Stivens en el interior de su dormitorio, caído sobre la alfombra y con un balazo en el centro del pecho, muchacha?

Una vez más saltó sobre el sillón pero ahora no se quedó quieta frente a mí sino que se me acercó con el rostro demudado.

—¡Miente usted! —exclamó—. Está mintiendo y no... no logro entender por qué. Le dije que era una mujer, posiblemente rubia, y nada más.

Se interrumpió mirándome fijamente a los ojos, con la respiración anhelante, hasta que pidió con voz ronca:

—Explique eso, ¿quiere?

—Antes vamos a hablar de la rubia —dije—, ¿no?

Continuó observándome fijamente hasta que respondió:

—¿Para qué, si diga lo que le diga no va a creerme? Y ahora, ¿qué piensa hacer conmigo? ¿Va a entregarme a la policía?

—Eso es algo que aún no sé, miss Morris. Antes voy a tratar de

sacarle del cuerpo todo lo que usted sepa y a pesar de usted misma, ¿comprende?

—Sí, creo que sí —y fue entonces cuando comprendí que estaba verdaderamente asustada—. ¿Qué quiere saber?

—Usted dijo que no había visto nunca a esa mujer, ¿verdad?

—Sí, así es.

No se sentaba, no se apartaba de mi lado, observándome fijamente, obsesionándome con el brillo de sus ojos negros y con la acampanada minifalda, y desvié los míos para preguntar:

—Entonces, ¿quiere decirme cómo entró en su apartamento?

—Quizá empleó la escalerilla de emergencia y entró en el dormitorio por la ventana. La dejo abierta todos los días para que se ventile el apartamento, pesquisa.

Fruncí el ceño.

Si me estaba diciendo la verdad allí había otra cosa que no encajaba ya que cuando yo la empleé tuve que abrirla.

Aquello lo recordaba perfectamente.

—Sí, puede que ocurriera así —dije pensativamente—. Ahora bien, ¿qué buscaba allí?

Encogió levemente los redondos hombros:

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa, pesquisa?

—Esperaba que, efectivamente, lo supiera usted, *miss* Morris.

Judy denegó con la cabeza y añadió:

—¿Qué hay de Kincey Stivens? Y él, ¿cómo pudo entrar?

Intentó una sonrisa que le salió torcida:

—Si él lo deseara... Bueno, no le sería difícil sabiendo que en el cajón central de mi mesa guardo un par de duplicados de todas las llaves de mi apartamento. Incluso las del coche.

—¿Qué relaciones la unen a él, *miss* Morris? —pregunté insistiendo una vez más sobre el tema.

—Una sincera amistad y ahora... ahora... está muerto según usted. Pero... pero... ¿Cómo diablos...? ¡Yo vi a una mujer, y nada más! ¡Y le digo la verdad, míster Warren!

No respondí.

Trataba de coordinar mis ideas pero la tarea era vana ya que mis pensamientos se embrollaban más y más sumiendo mi mente en un verdadero caos.

Sin saberlo, Judy vino en mi ayuda con una pregunta:

—¿Va a hacerse cargo de este asunto, míster Warren?

La miré a los ojos:

—¿De qué caso?

Abrió mucho los ojos:

—Quiero al asesino de míster Stivens, ¿comprende? Estoy dispuesta a pagar... a pagar lo que me pida.

E instantáneamente recordé que aquellas mismas palabras ya las pronunció la tarde anterior cuando habló conmigo por teléfono.

—¿Y la rubia?

No cambió de expresión:

—Le dije que no la conocía, pesquisa, y no mentí. Para mí, lo que importa, es míster Stivens y nada más. En cuanto a lo que fue a hacer... o fueron a hacer los dos a mi apartamento, representa para mí tanto misterio como para usted. Ahora usted decide.

Recordé a Murphy cuando dije:

—Quizá, en mis investigaciones, salga algo que no le guste a usted, *miss* Morris.

—No lo espero yo así —respondió con fría calma—. ¿Qué decide?

—De acuerdo, preciosa, el riesgo y los dólares son suyos.

—Venga mañana a verme... Es decir, hoy sobre las diez y media de la mañana —se rectificó a sí misma—, y le tendré preparado un talón contra el Central Bank por quince mil dólares. Cobrará otros tantos si descubre a ese asesino.

—¿Y si no es así?

—Le daré sólo cinco mil, más gastos. ¿Qué responde?

De cualquier modo cinco de los grandes eran siempre cinco mil dólares por lo que respondí:

—Correcto. Y... ¿quiere decirme dónde va a pasar la noche? En su apartamento...

—Sé que me estará esperando una pareja de policías y si voy a un motel... será doblemente sospechoso.

Me miró, dudó por espacio de varios segundos y añadió al cabo de los mismos:

—Puedo quedarme aquí si me presta un par de mantas.

Hice una mueca:

—¿Qué busca, *miss* Morris, una coartada?

—¿Acaso no la necesito? —preguntó a su vez.

Sabía que llevaba razón.

—Sí, me temo que sí —dije.

Me miró esperanzada:

—Entonces...

Señalé mi habitación.

—Duerma en la cama si lo desea —repliqué—. Yo puedo quedarme sobre este sofá y... y... Bueno, de todos modos no voy a dormir mucho esta noche.

Dio media vuelta sin responder y la vi cruzar el umbral de la puerta que daba acceso a mi dormitorio de donde regresó al cabo de tres o cuatro minutos llevando en las manos sendas mantas.

—Tómelas usted —dijo—, y gracias. No lo olvidaré fácilmente.

—Buenas noches, *miss* Morris —fue lo que respondí—. Apague la luz del *living* cuando entre en el dormitorio.

—Buenas noches, míster Warren.

Se fue, apagó la luz, entró en el dormitorio pero no cerró la puerta con llave y mentalmente se lo agradecí.

En la oscuridad empecé a pensar.

Una de las cosas que estaban claras para mí, si me sabía dicho la verdad, fueron los motivos que ella tuvo para forzar la puerta de mi apartamento.

Ahora bien, ¿dónde estaba la verdad o la mentira de todo?

Aquello era algo que no sabía por el momento y que tal vez no llegara a saber jamás.

Un hombre y una mujer rubia asesinados ambos en el interior del apartamento de Judy Morris, una de las principales accionistas de la Oil.

No más preguntas por el momento.

Ni siquiera cuando se levantara al día siguiente; lo haría tan pronto como me viera frente a ella en el interior de su despacho.

Kincey Stivens, un hombre joven, que apenas si rondaría los treinta años y la explicación que Judy me había dado del porqué había entrado en su apartamento. Del porqué y el cómo.

Un juego doble o triple de llaves.

Aquello sí podía ser verdad.

Yo mismo tenía un duplicado de cada una de las llaves que usaba incluyendo las del coche y si mal no recordaba, Joly tenía otro de las suyas; por tanto, no había nada de extraño en aquello.

Un hombre y una mujer rubia...

¿Dijo la verdad al referirse a la mujer cuyo cadáver había desaparecido de allí, a no ser, claro, que por una extraña metamorfosis se hubiera convertido en hombre? Cosa completamente ilógica, ¿no?

Me dormí.

Cuando desperté, lo primero que llegó a mi olfato fue el penetrante aroma del café y de un salto me senté sobre el sofá donde permanecía acostado.

¡Joly!

Pero no era ella ni mucho menos; ahora lo recordaba. Una mujer, sí, una bella y hermosa mujer cuyos frágiles hombros sostenían la pesada carga de dos cadáveres.

Pensé en el teniente Murphy.

Un mal pensamiento si se tiene en cuenta de que sólo eran las ocho de la mañana.

Me tiré del sofá al suelo, tomé las mantas, las llevé al dormitorio, entré en el cuarto de baño y cuando lo abandoné, sobre las ocho y cuarenta y cinco, Judy me estaba esperando en el pequeño comedor con el desayuno preparado.

Me sonrió desde el otro lado de la mesa donde se encontraba sentada y preguntó:

—¿Durmió bien, míster Warren?

—Sí, por lo menos eso es lo que creí, aunque no sepa a qué hora pude conciliar el sueño.

Su sonrisa se amplió:

—YO también tardé bastante en hacerlo. No podía apartar de mi mente la conversación de anoche, lo ocurrido...

—Olvídelo...

—¿Cómo puede decir eso con esa calma?

—Aunque sea por el momento olvídelo y vamos a desayunarnos. Puede que sí... Bueno, quizá la pida en matrimonio si resulta ser una buena cocinera...

Abrió mucho los ojos.

—¡Pero, pesquisa inteligente! —exclamó—, que soy una mujer muy rica.

—Lo que es otro punto a mi favor, además del de buena tocinera, ¿no?

—Sí, claro. No había pensado en eso —me miró pensativa y añadió—: En ese caso, querido, empiece a desayunarse pronto. Estoy deseosa de saber cuál va a ser el resultado de su... Lo llamaremos experimento, ¿verdad?

—¿Tan deseosa está de casarse?

Su sonrisa se amplió mientras sus ojos se me mostraban brillantes:

—Usted registró mi apartamento y vio esa fotografía.

—¿Y eso es un motivo suficiente para...?

—Para mí, sí.

Le devolví la sonrisa y pregunté:

—¿Acostumbra a fotografiarse de ese modo, querida?

—No. Fue la única vez... y me gusta. Por lo menos me veo tal y como soy. Muy hermosa, según la opinión de usted, ¿verdad?

No respondí sabiendo que llevaba, una vez más, toda la razón.

Judy tampoco dijo nada y ambos empezamos a desayunarnos en silencio hasta que terminamos, dando la sensación de que una extraña barrera se había interpuesto entre los dos.

Necesariamente la que debía de existir entre un pobre detective privado y una magnate de las finanzas de Wall Street.

Demasiado, incluso para cualquiera que no fuera yo.

Recordé a Kinsey Stivens y me pregunté una vez más qué relaciones les habían unido cuando él aún continuaba vivo y no supe qué responderme.

Tampoco se lo volví a preguntar a ella.

Judy se encargó de romper el hilo de mis pensamientos cuando preguntó repentinamente:

—¿Va a acompañarme a Wall Street, míster Warren?

La miré a los ojos.

Chispeaban.

—Va a ir usted sola, querida —dije—, como quedamos anoche. Yo iré sobre las doce o la una.

—¡Y se encontrará con que los Bancos ya habrán cerrado! —Prepare el talón, desde luego— respondí —que un día de éstos lo haré efectivo.

Se hizo un largo silencio entre los dos, que Judy rompió:

—Supongo que la policía me estará esperando en las oficinas de la Oil, ¿no?

—Puede apostar a que será así, *miss* Morris.

Hizo una mueca y de nuevo vi el miedo en sus ojos, que desapareció tan deprisa como apareció:

—¿Qué voy a decirles?

Levanté una de mis cejas:

—¿No lo sabe ya, muchacha?

Desvió los ojos de los míos para contestar:

—Que pasé la noche con usted, ¿no? —musitó—. Pero si lo hago, ¿corroborará mi coartada?

Era peligroso, muy peligroso hacerlo, pero aun así respondí:

—Lo haré, desde luego, pero escuche esto, que es importante: Después de su declaración empezarán a hacerle preguntas respecto a los dos, ¿comprende? Diga que nos conocimos hace unos cuantos meses, y que anoche, sobre las once, nos tropezamos cerca de las oficinas de la Wall Street y... que nos fuimos juntos a tomar unas copas. El resto, querida, lo dejo a su elección.

No respondió a aquello, pero sí dijo:

—Se me está haciendo tarde, míster Warren, y debo irme ahora —se volvió hacia la puerta y fue detrás hasta alcanzar la que daba a la salida, y allí me miró—. Le espero —dijo como punto final.

Dudé unos segundos y pregunté:

—Por si no pudiera ir, *miss* Morris, ¿dónde podré verla?

—Le telefonearé a su despacho esta misma tarde, ya que por el momento no deseo ir a mi apartamento. Iré a un hotel o a casa de alguna amiga.

Estuve a punto de pedirle que se quedara en el mío, pero recordé a tiempo quién era ella y me contuve.

Abrió la puerta, se volvió a mirarme, me sonrió y me tendió la mano.

—Hasta después, pesquisa —dijo—. Entretanto espero que haya llegado a un acuerdo consigo mismo.

—¿Un acuerdo...? —inquirí—. ¿Qué clase de acuerdo?

Su sonrisa se amplió:

—Sobre mis dotes de cocinera y todo lo demás.

Se fue sin darme tiempo a responder.

Ya completamente a solas en el interior de mi apartamento, consulté el reloj. Joly se encontraría en aquel momento camino de la oficina, por lo que me apresuré a salir a la calle para ir en busca

del coche.

De nuevo meditaba en todo aquello, y una vez más el nombre de Murphy saltaba a mi mente, y ahora, más sereno que entonces, me preguntaba si por una de estas raras casualidades, pero que siempre estaban en mi contra, no habría dejado alguna huella en el interior del apartamento de Judy Morris, con lo que toda su coartada se vendría abajo.

La ventana que tuve que abrir, la presencia del cadáver del secretario del consejo de administración de la Oil, amigo de Judy según su propia declaración, cadáver que ella no había visto.

Absurdo, completamente absurdo.

CAPÍTULO III

Calle 51, entre la Novena y Décima avenidas.

Número 980, piso noveno.

Las oficinas.

Vi las piernas de Joly apenas entrar, por debajo de su mesa-escritorio, y me dije que la minifalda que llevaba puesta era mucho más corta que la del día anterior.

Había reproche en sus ojos cuando me acerqué, pero aun así levantó la cabeza y me ofreció los labios.

La besé, y al terminar con la caricia preguntó:

—¿Dónde estuviste anoche, Alf?

—En mi apartamento —respondí—. ¿Por qué?

—Te estuve esperando en el mío.

—Sí, es lo que supuse, pero no pude ir.

—¿Por qué? ¿Por la fulana que te llamó? ¿Tan hermosa...?

—No es eso, Joly —atajé un tanto secamente—. Es... Bueno, un nuevo lío, y nada más.

Di media vuelta hacia la acristalada puerta de mi despacho y entonces Joly preguntó:

—¿Qué lío es ése?

—Un asesinato —respondí sin mirarla.

Dije uno como pude mencionar dos, aunque para ella causó el mismo efecto que si le hubiera dicho media docena, ya que vino detrás de mí, rodeó la mesa conmigo y una vez me hube sentado en el sillón, Joly lo hizo en el brazo y con el mío rodeé su talle.

Se inclinó, entrecerró los ojos y me besó suavemente et los labios.

—Explica eso, ¿quieres?

—Poco hay que explicar, muchacha —dije—. Fui allí a las doce en punto de la noche, tomé la llave bajo el felpudo... y el tipo estaba allí, esparrado sobre la alfombra, y nada más.

—¿Y esa... esa...?

La ayudé al interrumpirla:

—Esa pájara se había ido.

—¿Y...?

—No hay ninguna «y», querida, por lo que vas a entrar en tu despacho y esperar allí.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Una visita, Alf?

—Sí.

—¿Ésa... mujer...?

—No. Un hombre —dije—. El teniente Murphy, del Departamento de Homicidios.

—¡Alf!

—Es la verdad, muchacha. ¿Por qué no eres una buena chica y haces lo que te digo?

Con una de sus manos, rematada en dedos largos con uñas nacaradas, apartó mi brazo de su cintura y se puso en pie.

—Te dije que no fueras, que ibas a meterte en un lío, amor —respondió—, y veo que llevaba razón —vaciló un poco y preguntó, unos segundos antes de dar media vuelta para alejarse en dirección a su despacho, mientras que mis ojos iban a sus piernas, ahora envueltas en malla negra—: ¿Qué quiere de ti el teniente Murphy, Alf?

—¿Me creerías si te dijera que no lo sé?

Desde el mismo umbral se volvió para mirarme, aunque no se me acercó.

—No.

—¡Joly!

—¡Alf! —Me remedó burlona—. No lo creo, porque sé que hay algo más que no me has dicho.

—¿Seguro, querida?

No me respondió.

Desapareció de mi vista, y entonces me despojé de la americana, de la funda con las correíllas, desabroché el nudo de mi corbata, saqué del cajón central de la mesa despacho la botella de *whisky* y, sin molestarme en ir en busca de un vaso, bebí un largo trago.

Con el tercero vi detrás de Joly al teniente Don Murphy, por lo que la muchacha no tuvo tiempo de anunciarme su visita.

La apartó a un lado, como si se tratara de un insecto molesto y me enfrentó con los ojos entrecerrados.

Antes de que pronunciara una sola palabra, miré a Joly.

—Déjenos solos, *miss* Dors —dije, sin tutearla.

—Sí... ahora mismo.

Se fue, y Murphy y yo quedarnos frente a frente, exactamente como nos había ocurrido en varias ocasiones, y como vendría ocurriendo indefectiblemente en el transcurso de los meses, ya que, aunque de distinto modo, ambos trabajábamos para una misma causa, a pesar de que en la mayoría de las ocasiones él creía lo contrario.

Sin pronunciar palabra, le indiqué uno de los sillones, frente a la mesa tras la cual me sentaba, y se dejó caer en él dando la sensación de que se desplomaba.

Desde las profundidades del mismo me miró.

—¿Y bien, pesquisa...? —empezó.

—Bien, ¿qué, teniente?

Frunció el ceño.

—Quiero que me cuente todo lo ocurrido entre *miss* Judy Morris, de la Oil, y usted.

Levanté una ceja con un bien fingido gesto de asombro.

—¿Por qué debo hacerlo, teniente?

—Por una sola razón, Warren —respondió—; porque si no lo hace aquí, tendrá que venir conmigo al precinto.

—¿Espera que lo haga sin una explicación? Dígame, teniente, ¿qué es lo que ocurre con *miss* Morris?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabe?

—No.

Siguió un largo silencio en tanto nos observábamos mutuamente y que el propio teniente rompió con una nueva pregunta:

—¿Dónde se encontraba, usted anoche a partir de las diez? Mejor dicho, ¿entre diez y diez y media?

Me retapé contra el respaldo del sillón y respondí todo lo más fríamente que pude:

—Escuche, teniente, no voy a responder ni a una sola de sus preguntas si antes no me explica el motivo que tiene para venir aquí, a mi propio despacho para...

—¿Dónde? —me interrumpió.

Entrecerré los ojos y respondí con otra:

—¿Algún motivo especial para que me haga esa pregunta?

Le vi vacilar, contener la respiración y luego soltarla de golpe. Fue entonces cuando respondió diciéndome parte de lo que yo ya sabía.

—Mataron a un hombre en el apartamento de *miss* Judy Morris y...

—Usted cree que fue ella la que lo hizo, ¿no, teniente? Pues siento decirle que se equivoca de medio a medio.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—¿No se lo dijo ella?

Soltó una maldición.

—Seguro, tipo listo —afirmó—, pero quiero oírse lo contar a usted. Quiero saber qué versión va a ser...

—La verdadera, teniente —le atajé por segunda vez—. Conocí hace meses a *miss* Morris, y ayer, por una casualidad, nos tropezamos en Wall Street y nos fuimos por ahí a tomar unas copas y terminamos... terminamos...

—Siga, Warren.

—¿Debo entrar en detalles, teniente?

—No del todo —vaciló un poco y preguntó—: ¿Cuándo se separaron, pesquisa?

—No nos separamos hasta esta mañana, ¿está claro?

—¿Quiere decir que una mujer como ella pasó la noche enlutadamente con...?

—Esto, teniente, tendrá que preguntárselo a *miss* Morris.

—Ya lo hice —se puso en pie y añadió—: ¿Juraría eso delante de un tribunal si llegara el caso, Warren?

—Pruébelo y ya verá la respuesta —respondí, para preguntar a continuación y sin transición alguna—: ¿Quién era el muerto?

Me sonrió, y su sonrisa no me gustó.

—¿No lo sabe usted?

Lentamente, me puse en pie.

—Escuche de una vez por todas, teniente, eso, no es nada más que una encubierta acusación contra mí, y si continúa por ese camino me temo que no voy a permitirlo. Si tiene algo que pueda probar, estoy dispuesto a acompañarle donde quiera, pero no a aguantar sus impertinencias. ¿Quién era el muerto?

Tenía el rostro nublado cuando respondió:

—Se llamaba Kinsey Stevens y era el secretario del consejo de administración de la empresa —vaciló unos segundos y, finalmente, lo soltó—: ¿Hace mucho que sostiene relaciones íntimas con una magnate de la importación petrolífera, pesquisa?

Sin alterarme, respondí:

—Ésa es otra de las cosas que tendrá que preguntarle a *miss* Morris, teniente.

—No se preocupe que lo haré, Warren... y tengan cuidado si alguno de los dos me ha mentido.

Salió sin darme tiempo a responderme, y tan pronto como hubo cerrado a su espalda, vi frente a los míos los ojos inquisitivos de Joly.

Que preguntó, mucho antes de que pudiera decir nada:

—¿Es cierto eso, pesquisa?

—¿El qué?

Frunció el ceño.

—Lo de esa *miss* Morris y tú.

—Sólo en parte, querida —respondí sin mentir.

—¿Y...?

—Se encontraba en el interior de mi apartamento cuando llegué, pero yo dormí en el sofá.

A continuación se lo expliqué todo, y cuando terminé tenía sobre mí las correíllas con la funda, la americana y el sombrero en la mano.

—¿Te marchas?

—Seguro, querida —dije—. El deber me llama.

—¡Un cuerno, pesquisa! —respondió con absoluta desvergüenza.

—Pero, Joly...

Sin responder, me acompañó a la puerta, y ahora no la besé al salir.

Pensaba en Judy Morris cuando descendí hasta la planta baja empleando el ascensor y cuando empuñé el volante para encaminarme a Wall Street.

No pude verla.

El consejo de administración de la Oil se había reunido en sesión extraordinaria y adiviné sin esfuerzo alguno que la reunión fue motivada por el asesinato de Stevens.

Pero no perdí el tiempo; por lo menos, no del todo.

La muchacha era morena, alta, bien formada, sin minifalda, aunque lo que llevaba era lo suficientemente corto para adivinar que tenía unas esbeltas y largas piernas y una bonita sonrisa en sus rojos labios.

Ojos grandes, pardos, y que me sonrieron apenas si un uniformado ordenanza me llevó a su presencia, en el interior de un enorme despacho.

—Me llamo Elsa Ferguson, míster Warren —dijo, tendiéndome la mano, que estreché en silencio—. *Miss Morris* me dejó un sobre para usted.

Me explicó lo de la reunión y, al terminar pregunté:

—¿Sabe lo que contiene?

—No. Me lo entregó completamente cerrado.

Me lo dio, lo abrí, el talón por la cantidad estipulada y una nota pidiéndome disculpas, pero nada referente adonde ni cuándo nos podíamos ver.

Lo guardé todo y miré a la secretaria.

Miss Ferguson me observaba en silencio, quizá en espera de cualquier pregunta mía.

Le di gusto y la formulé:

—¿Qué hace cuando sale de aquí, *miss Ferguson*?

Una vez más me sonrió.

—¿Por la noche? —preguntó a su vez.

—No era exactamente eso lo que quería preguntarle.

—Lo sé —sonrió una vez más y añadió—. Tengo una hora libre al mediodía, míster Warren, y la mayoría de las veces como completamente sola.

—¿Hoy también?

—Hoy no —indicó—. O mucho me equivoco o voy a hacerlo con usted. ¿O no era eso lo que quería decirme?

Su boca de labios sensuales y húmedos sonreían, pero sus pardos ojos estaban serios, y adiviné por qué.

—¿Acepta?

—¿Para hablar de *miss Morris* o de míster Stevens? —preguntó.

—Pongamos que de la primera. ¿Qué le parece?

Consultó su reloj.

—Dentro de treinta minutos en la puerta principal —dijo. Alargó

la mano y la vi pulsar el blanco botón que había a su derecha, sobre el tablero, y esperé sin pronunciar palabra, sabiendo que terminaba de llamar al mismo ordenanza que me llevó hasta allí.

Supe que no me había equivocado tres o cuatro segundos más tarde.

—Acompañe a míster Warren a la puerta, Tex —dijo.

Me dedicó una sonrisa de despedida y salí.

La calle.

El coche.

Sobre la acera miré alrededor.

Un bar.

Entré, fui a la barra y pedí un *whisky* mirando la esfera luminosa del reloj.

Veinte minutos.

Consumí el *whisky* lentamente, aboné lo consumido y regresé a la calle, abrí la portezuela del coche y en su interior esperé a verla salir.

Lo hizo con tres muchachas más, y claramente vi cómo miraba alrededor suyo y entonces di el encendido y arranqué.

—*Miss Ferguson*... —llamé.

Se volvió, me saludó con la mano, sonriendo como siempre, se despidió de sus compañeras y abrí la portezuela.

Se sentó a mi lado y, sin lugar a dudas supe que sus piernas eran magníficas.

—¿Dónde la llevo? —pregunté.

—Hay un pequeño *snack-bar* muy cerca de aquí —dijo—. Podemos ir allí si le parece.

—Usted habla, querida —respondí.

Me indicó el camino y fuimos.

Fue veinte minutos más tarde, después de dar buena cuenta de lo que nos habían servido para comer, cuando me preguntó:

—Y bien, míster Warren, ¿qué es lo que quiere saber?

—Mister Kincey Stevens —dije—, ¿qué relaciones le unían a *miss Morris*?

Me miró fijamente como si quisiera adivinar cuáles eran los pensamientos que en aquel momento anidaban en mi mente y respondió:

—Amigos. Dos buenos amigos.

—¿Nada más?

Arqueó una de sus elegantes cejas negras.

—Si quiere decir que ambos eran amantes, se equivoca de medio a medio, míster Warren.

—¿Alguna mujer?

—Salía con varias de nuestras oficinas. Incluso conmigo, pero eso no significa nada.

—No me refiero a eso...

—Que yo sepa —me interrumpió—, no había una fija, aunque eso nunca se sabe. Quizá, si se lo preguntara a *miss* Morris...

—¿Dónde vivía míster Stivens?

Frunció el ceño, pero me dio las señas que anoté.

—¿Alguna familia?

—No. Pero era amigo de Mónica Presley.

—¿Dónde puedo verla?

—Es casada y vive en Madison Avenue. Encontrará el número en la guía de teléfonos.

No respondí de momento.

Meditaba mientras que sus ojos pardos me asaeteaban.

Hasta que pregunté sin preámbulo alguno:

—Y de mis Morris, ¿qué puede decirme?

—Sencillamente, que es una gran mujer y una jefe excelente.

—¿Amigos?

—¿Íntimos?

Parecía sentir un inusitado interés en tergiversar el sentido de mis preguntas, ya que tampoco era aquello lo que deseaba, pero aún así, respondí:

—Pongamos que sí.

—No que yo sepa, aunque de los otros tiene bastantes.

—¿Alguno que desee hundirla? El cadáver de míster Stivens fue encontrado en...

—Lo sé —me interrumpió—, y la respuesta a su pregunta es negativa.

—Y míster Stivens, los tenía.

—Ésa es otra de las cosas que no sé, aunque a juzgar por lo que ocurrió, debía de ser así.

—¿Qué amistades tenía?

—¿De las llamadas buenas?

—Sí.

Me dio tres nombres que anoté junto a las señas de los Presley. Aquella Mónica, y la miré a los ojos.

No dejaba de observarme con una inquietante fijeza.

Hasta que de un modo repentino los desvió de los míos y miró el reloj; entonces se puso en pie.

—Se está haciendo tarde, míster Warren —dijo.

La imité, aboné la consumición y la tomé del brazo para llevarla hasta el coche.

Nos miramos apenas cerramos las portezuelas y me incliné sobre su rostro.

No se movió, pero sí dijo suavemente:

—Si va a besarme, hágalo ahora antes de que me arrepienta.

Lo hice, suavemente, pero cuando hice ademán de apartarme, ciñó sus brazos en torno a mi cuello.

Al terminar la caricia, sin pronunciar palabra, di el encendido, arranqué, y la llevé a la imponente puerta de entrada del edificio de la Oil.

Allí pregunté:

—¿Nos volveremos a ver?

Una vez más apareció en sus labios su bonita sonrisa.

—¿Por la noche? —preguntó.

—¿Y por qué no?

Abrió la portezuela, saltó del coche sobre la acera y entonces me contestó:

—Venga a buscarme cuando lo desee, pesquisa.

Esperé hasta que la perdí de vista en el interior del edificio y entonces arranqué.

Madison Avenue.

Busqué una cabina telefónica donde entré con el sola objeto de consultar la guía.

Número 598 de la avenida Madison, apartamento 130-F.

Conduje hasta allí, estacioné el coche en la acera opuesta y, lentamente, crucé al otro lado.

Entré en el portal, lancé una mirada a las tablillas indicadoras y tomé el ascensor.

El pasillo, amplio, elegante, y seis puertas a todo lo largo.

Tres a la derecha y tres a la izquierda.

El apartamento

130-F

se encontraba a la izquierda, la puerta del centro, y llamé empleando el zumbador.

Me abrieron casi al instante.

Una pelirroja.

Lo mismo que Judy Morris.

Unos cortísimos *shorts*, zapatos de alto tacón... y los ojos, grandes e intensamente azules, que me asaetaron de pies a cabeza mientras que su roja y sensual boca permanecía completamente seria.

—¿Sí...? —preguntó.

Su vez rompió el hechizo de su fascinación y respondí:

—¿Míster Richard Presley...?

—Vive aquí, desde luego, pero ahora no está en casa.

—Usted debe ser *mistress* Mónica Presley, ¿verdad?

Sin responder a mi pregunta formuló otra:

—¿Quién es usted?

Hice lo propio cuando respondí:

—¿Puedo pasar?

Sus ojos mostraron sorpresa.

—¿Para qué?

—Estoy tratando de averiguar quién asesinó a Kinsey Stevens, *mistress* Presley —respondí un tanto brutalmente.

Arqueó una ceja.

—La policía ya estuvo aquí, míster...

—Alf Warren es mi nombre —repliqué—. Y ahora, ¿puedo pasar?

—Eso no me dice quién es usted —contestó; lo que era una gran verdad.

Le mostré mi tarjeta de identidad, su rostro se nubló y cuando menos lo esperaba se apartó a un lado.

—Entre —dijo.

Y había sequedad en su voz.

Crucé el umbral, cerró a espaldas de los dos e indicó:

—Por aquí, por favor.

El *living*, lujoso, elegante, donde no faltaba un solo detalle, lo

que pregonaba a mil millas de distancia que los Presley vivían también a lo grande.

Procurando no impresionarme mucho por todo aquello, la miré a los ojos.

No sonrió cuando señaló uno de los sillones.

—Siéntese si lo desea, míster Warren.

Lo hice, se sentó a su vez, frente a mí, cabalgó una pierna sobre la otra y entonces soltó la pregunta que menos podía esperar:

—¿Quién le contrató a usted, pesquisa? Apuesto doble contra sencillo a que lo hizo Judy.

—Hizo, ¿el qué?

—Contratarle a usted.

—¿Cómo está tan segura, *mistress* Presley?

Tardó varios segundos en contestar hasta que dijo:

—Kincey se encontraba asesinado en su propio apartamento, y para mí es bastante. Judy está en un lío y, por tanto, nada mejor que contratar a un privado para cubrir las apariencias.

—¿Qué significan sus palabras? —pregunté.

Sus ojos brillaban con odio cuando contestó:

—Sencillamente, que hizo mal en aceptar este caso si fue ella quien le contrató, pesquisa.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Si no lo sabe, es que es usted un... un...

—Conteste, ¿quiere? —La interrumpí.

—¿Es eso lo que desea?

—Claro. Estoy aquí para eso, para averiguar cosas.

—En ese caso... —vaciló un poco y, por fin, lo soltó—. Judy le mató. Eso es obvio para mí y para mi marido... y quizá para otras cuantas personas más.

Me envaré.

—Explíquese, ¿quiere? Una acusación como ésa, sin pruebas, puede costarle un grave disgusto, *mistress* Presley.

—¿Cree que no lo sé? Pero... pero... ¡Para mí no hay más verdad que ésa! Ella y el pobre Kincey siempre estaban peleando, y todo por esas malditas acciones de la Oil, ¿comprende?

No comprendía nada, pero dije que sí, y Mónica continuó:

—En privado eran dos fieras dispuestas a destrozarse por el poder de la compañía, y en público... Bueno, salían juntos, se

besaban y abrazaban, como dos enamorados, y ahora... ahora, Kincey ha muerto.

—¿Amantes?

—¿El y ella?

—Sí.

Me miró vacilante, dudando, y, repentinamente, dijo:

—¿No sabe quién es ella, en realidad? Una zorra con piel de oveja. Ella vino a Nueva York desde Nueva Orleáns. Es del Sur y...

—¿Eso es malo...? —La interrumpí.

Sus ojos brillaron como los de un felino y contestó:

—No, desde luego que no, pero pregunte qué es lo que hacía allí, en Nueva Orleáns. Puede que le interese saberlo, Warren.

—¿Qué era?

Tercamente, respondió:

—Pregúntele a Judy. Será interesante para usted. Y mírela a los ojos cuando lo haga. Ella, si se la conoce, no sabe mentir.

—En ese caso, cuando la interrogue, si es que alguna vez necesito hacerlo, la acusaré de homicidio mirándola a los ojos. El experimento será aún mucho más interesante, ¿no?

No me respondió, por lo que formulé una nueva pregunta:

—¿Qué relaciones les unían, aparte de las corrientes dentro de la compañía, *mistress* Presley? Me refiero a las públicas. Usted dijo que se abrazaban y besa...

—Y es cierto.

Repetí por segunda vez:

—¿Amantes?

—No. Por lo menos, Kincey lo negó siempre.

—Entonces, usted está firmemente convencida de que *miss* Morris es la asesina, ¿verdad?

—Sí, así es. Había muchos intereses entre los dos, en el seno de la compañía y Judy es una mujer muy ambiciosa. Mataría si con ello lograra el beneficio de un solo centavo, y dentro de la empresa son millones los que hay en juego.

—Siendo así —pregunté—, ¿cómo no la detuvo la policía?

—Seguro que empleó una falsa coartada, pesquisa. De otro modo no me lo explico.

Repasé mentalmente el curso de aquella conversación hasta sus palabras finales y me puse en pie.

No se movió, pero me miró con asombro.

—¿Nada más?

—Sólo una pregunta, *mistress* Presley —respondí—. ¿Dónde puedo ver a su esposo?

—En la Oil. Es uno de los consejeros.

Recordé a la secretaria de Judy que no me lo dijo al mencionarlos y que por el contrario sí me respondió que Judy Morris era una gran mujer.

¿Quién mentía de las dos? ¿Ella o Mónica Presley?

Tal vez ambas, por alguna razón desconocida para mí.

Me volví hacia la puerta, y ella se puso en pie a mi espalda.

—Le acompañaré hasta la puerta —dijo.

No respondí.

Habló Mónica tan pronto como nos encontramos frente a la que daba acceso al pasillo:

—Fue ella la que le contrató, ¿verdad?

Mentí con el deseo expreso de desconcertarla.

—Se equivoca, *mistress* Presley —dije—, ya que ni siquiera conozco a *miss* Morris.

No me respondió, y abandoné el apartamento sin que me hubiera dado la mano en señal de despedida.

Sin cordialidad alguna.

CAPÍTULO IV

Hablé con Joly en la cabina telefónica que encontré al paso cuando conducía en dirección al Distrito V, donde vivía Elmer Krammer, uno de los nombres que la bella secretaria de Judy me diera, pero no lo encontré, y fue entonces cuando caí en la cuenta de que tenía que esperar.

No para él sino para todos los componentes de la lista de capitostes sabiendo que aquella mañana se encontraban reunidos con su presidenta, una muchacha de Nueva Orleans, allá en el lejano Sur, y que, al parecer, había cometido algunos errores antes de afincarse definitivamente en Wall Street.

Y una mujer rubia cuyo cadáver no aparecía por parte alguna.

Quizá el teniente Murphy tuviera conocimiento del hecho; tal vez su cuerpo se encontrara en la Morgue, pero, por el momento, yo no iba a preguntárselo, ni mucho menos.

Dos cadáveres en un mismo apartamento, eran para volver loco a cualquiera.

¿Quién, por qué, y qué conexión había entre los dos muertos?

Me fui a comer a un pequeño restaurante chino situado en la misma calle 20 y posteriormente entré en un cine de sesión continua, que abandoné muy cerca de las nueve de la noche.

Empecé a conducir.

La vi apenas descender del coche.

Saliendo a mi encuentro del interior de uno de los portales, e, instintivamente, pensé en el sofá de mi apartamento y fruncí el ceño.

De los dos, fui yo el que primero preguntó, sin saludo alguno:

—¿Puedo saber qué es lo que está haciendo aquí, *miss* Morris?

Judy arqueó una ceja, quizá porque no le gustó el tono que empleé en la pregunta, y contestó:

—Le esperaba a usted, Warren.

—Sí, claro. Eso ya lo he supuesto. ¿Algo importante?

—Creo que esa pregunta se la debo hacer yo, ¿no?

—Tal vez —respondí en tono evasivo. Y añadí—: ¿Qué es lo que ocurre?

Se me acercó, mirándome a los ojos.

—Me estuvo molestando la policía con respecto a nos otros dos y les dije... les dije que... En fin, expliqué las cosas como usted me dijo. Parecieron quedar satisfechos pero ese teniente... Murphy creo que se llama... Pues, es un hombre que no me gusta. Impresiona. Sé que no me creyó ni una sola palabra de las que pronuncié.

—¿Y...?

Desvió los ojos y los clavó con insistencia en la enrejada puerta que daba acceso al interior del edificio donde yo tenía mi apartamento, y contestó sin mirarme:

—Tengo la impresión de que me están vigilando, pesquisa.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Tal vez porque como le dije, ese teniente no creyó una sola palabra de las que pronuncié en su presencia —me miró añadiendo—: Verá, Warren, hay policías... dos policías vigilando mi apartamento. Les vi esta mañana, sobre el mediodía y esta tarde también, por lo que no he querido ir allí.

—¿Y...? —repetí una vez más, no deseando dar facilidades.

—Me vine para acá. Si está tras mis pasos, quiero que me encuentre aquí; con usted, ¿comprende?

Pensé en Nueva Orleans, en las palabras que Mónica Presley había dejado caer en mis oídos respecto a ella, Le respondí fríamente:

—No me gusta dormir en el sofá, *miss* Morris. Por una vez...

—No he dicho que tenga que hacerlo. Podemos... podemos cambiar de sitio. —Sus ojos brillaron como los de un felino cuando continuó al cabo de unos segundos de silencio—: Por otra parte, tengo miedo de encontrarme sola en el interior de mi apartamento. Si no quiere que entremos en el suyo... Bueno, en el mío de Wall Street hay dormitorios de sobra. ¿Por qué no me lleva allí, pesquisa?

Parecía decir la verdad.

Estaba un poco pálida, y mirándola, dudé, y lo hice Por espacio

de unos segundos.

«Una gran mujer y un jefe excelente».

Por lo menos, aquélla era la opinión de su propia secretaria.

Una asesina, una mujer con un pasado turbulento en Nueva Orleans, y capaz de matar si con aquello encontraba para sí misma un centavo de beneficio.

Me apremió cortando el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué decide, Warren? Como comprenderá, no podemos pasar la noche aquí en la acera, ¿no?

Me estaba sonriendo, mostrándome sus blancos dientes y mis dudas se esfumaron como barridas por un huracán.

—Venga conmigo, *miss* Morris —dije.

Su sonrisa se amplió.

—Gracias, Warren —fue lo que me contestó.

Entramos y subimos en silencio empleando el ascenso para hacerlo.

Ya en el *living* se dejó caer sobre uno de los sillones cabalgó una pierna sobre la otra.

En aquel mismo momento preguntó:

—¿Lo echamos a suertes, pesquisa?

—¿El qué? —pregunté a mi vez sin saber dónde quería ir a parar.

De nuevo me sonrió.

—Eso de dormir en el sofá, querido. A mí tampoco me seduce la idea.

—¿Quiere algo de beber, *miss* Morris? —Fue lo que pregunté.

Arqueó una ceja evidentemente sorprendida por una pregunta que no esperaba y que cortaba en forma definitiva aquel conato de conversación que, según mi propio juicio, a nada conducía.

—Un *whisky*, si tiene.

Se lo preparé, otro para mí, y me senté frente a ella.

No cambió de postura ni intentó tocar la minifalda a pesar de darse perfecta cuenta de que la miraba con inusitado interés.

Sencillamente, esperaba.

Hasta que solté la primera pregunta:

—Usted es del Sur, ¿no?

Arqueó levemente una de sus cejas.

—Sí. ¿Por qué?

—¿De Nueva Orleáns?

Me miró de hito en hito y sin esfuerzo alguno adiviné cuáles fueron sus pensamientos en los tres o cuatro segundos que siguieron antes de que contestara:

—Así es. ¿Algo de malo en eso?

—No, si no hay nada más.

—¿Qué quiere decir, Warren?

Se había puesto en guardia.

Eso era obvio para mí, por lo que me lancé a fondo cuando dije:

—Estuve haciendo preguntas por ahí.

—¿Respecto a mí?

—Respecto a todo, querida.

Bebió un poco sin dejar de observarme atentamente por encima del borde del cristal del vaso, y, al terminar, preguntó:

—¿Por qué no suelta de una vez lo que está pensando, pesquisa?

—Porque espero que usted me lo diga, *miss Morris*.

—¿Y qué es lo que debo decirle, si puedo saberlo?

—Nueva Orleáns, querida.

—Por lo visto, alguien estuvo hablándole de mí, ¿es cierto?

—Pongamos que es así. Dígame, *miss Morris*, ¿qué fue lo que ocurrió en Nueva Yor...?

Me interrumpió casi con violencia:

—Salí de la nada, pesquisa, y eso la sociedad, la crema de Nueva Orleáns, no lo perdona. Mis padres se morían de hambre trabajando en una plantación, y así me crié hasta los dieciocho años. Entonces me marché de casa y mi primer trabajo fue como mesera en un club nocturno de la ciudad. Gané allí mi primer dólar, hasta que Tino Fabiani me vio y me llevó con él. Empecé a regentar en conjunto con ese... ese *gángster*, el Mogambo, y ahorrar los dólares. Me sentía ambiciosa... y él me ayudó, ¿comprende? Vine más tarde a Nueva York y compré acciones de la Oil mientras trabajaba como modelo en una casa de alta costura y... llegué a lo que soy.

Se puso en pie, y, sin soltar el vaso, se me acercó y me enfrentó con los ojos tan brillantes como un gato rabioso.

—Pero si se cree que hubo un hombre, uno solo, pesquisa barato, voy a maldecir su sucio pellejo hasta el final de mis días, ¿comprende? —me señaló con el dedo acusadoramente y se acercó un poco más—. Ninguno, y mucho menos Fabiani. Fue... algo así

como Kincey Stivens, y no hay nada más que eso, aunque cierta dama quiera saber de mi vida íntima mucho más que yo misma.

Con la misma rapidez que se había acercado a mí retrocedió y se dejó caer sobre el sillón con la minifalda muy por encima de medio muslo, mostrándome casi en su totalidad sus morenas y perfectas piernas cubiertas con las medias negras y caladas que se había puesto, y se llevó el vaso a los labios.

Bebió sin dejar de observarme, mientras que yo me daba cuenta de que me había dado pie para formular unas cuantas preguntas más, y lo hice:

—¿Qué hay de Stivens, *miss* Morris?

Soltó el vaso sobre la mesita que había a su lado y respondió:

—Llámeme Judy, pesquisa. Me gusta más —hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué es lo que significa esa...?

—Me dijeron que ambos llevaban doble vida si me entiende usted. Besos, caricias, en público, y peleas y amenazas en privado. ¿Es cierto?

—Una mujer... algunas veces desea que la bese un hombre, exactamente como un hombre, en según qué casos, también desea besar y ser besado por una mujer, sin que necesariamente signifique algo. ¿Peleas...? Tanto como eso no, pero discutíamos muchas veces.

—¿Por qué?

—Cuestión de negocios. Kincey era ambicioso, y entre él y yo gobernábamos la Oil.

—¿Y ahora que ha muerto...?

Me entendió mucho antes de que terminara de hablar y me interrumpió:

—Prácticamente yo soy la dueña de la compañía, Warren. Como ve, un motivo sencillo para asesinarle. La ambición desmedida de una aventurera como yo.

No respondí.

Pensaba.

Y fue Judy la que cortó mis meditaciones cuando dijo:

—Se está haciendo tarde, pesquisa, y estoy empezando a tener sueño.

Se puso en pie y la miré desde las profundidades del sillón donde me encontraba.

—¿Qué hay de Elmer Krammer, Judy?

—Es uno de los accionistas, lo mismo que Pat Morgan y Lajos Borden.

—Y del esposo de *mistress* Presley, ¿qué puede decirme?

—¿De él o de ella, Warren? —preguntó a su vez.

La miré un tanto sorprendido.

—Pongamos que de los dos —dije.

—Nada, querido. Absolutamente nada. Prefiero que sean ellos los que hablen de mí.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón —contestó fríamente—, de que si lo hago así, usted puede creer que es por antipatía o por el odio que pueda sentir por ellos.

—¿Algo más? —pregunté, sabiendo que aunque sólo fuera en parte llevaba razón.

—Nada más. Es decir, sí —se rectificó a sí misma—; sólo una cosa: que en la Oil, exactamente igual que en otra empresa cualquiera, siempre existen ambiciones de todo tipo entre los principales componentes de la misma, que son los que verdaderamente mueven los destinos de uno y otro, si me comprende usted.

Me levanté del sillón.

—¿Nada más, Judy? —pregunté.

—Nada más por esta noche, pesquisa.

—En ese caso —sonreí—, deberemos echar a suertes lo del sofá, ¿no?

Me miró fijamente.

—¿Es necesario eso?

—No, si no lo desea usted.

No me respondió, pero sin saber cómo, y al segundo siguiente, la tuve entre mis brazos y el recuerdo de Joly se borró de mi mente, si es que en el transcurso de todo aquel tiempo llegó a conturbarme alguna vez, cosa de lo que no estoy seguro ni mucho menos.

Fue a la mañana siguiente, muy temprano, cuando una vez más tuve que darle la razón a Judy.

Todavía dormía cuando oí el zumbador del apartamento en una insistente llamada que me envaró aún sin saber por qué.

Me puse el albornoz, abandoné el dormitorio y me acerqué a la puerta.

Sobre mi cabeza, el timbre continuaba sonando y miré el reloj.

Las ocho y media de la mañana.

Demasiado temprano para venir a molestar.

¿Joly?

Pensé en Judy cuando abrí la puerta.

No era mi secretaria; era algo mucho peor.

Don Murphy, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York se encontraba allí frente a mí, completamente solo, contemplándole con los ojos helados.

—Termine de vestirse, pesquisa —dijo secamente—, que nos vamos.

—¿Qué...?

—Que termine de...

—Eso ya lo oí, teniente —dije, apartándome de la puerta e indicándole que pasara—. Ahora, lo que quiero saber, es dónde vamos a ir y tan temprano.

No me contestó hasta que nos encontramos en el *living*.

—A la Morgue, Warren, ¿comprende?

—No, ni mucho menos.

Me miró fijamente y preguntó:

—¿Desde cuándo se encuentra en este apartamento?

—En mi apartamento, ¿no?

—Bueno, sí. ¿Desde cuándo, Warren?

—¿No lo sabe usted? —pregunté a mi vez.

—No —me miró fijamente y preguntó—: Y *miss* Morris ¿sabe dónde está?

—¿Algún motivo para hacerme esa pregunta, teniente?

—Puede apostar a que así es.

Le miré a los ojos, y entonces señalé hacia atrás por encima de mi hombro derecho:

—Allí, y puede apostar a que la habrá despertado.

No me respondió, no a aquello, pero sí dijo:

—Apresúrese, que estamos perdiendo el tiempo, Warren. Tengo una sorpresa para usted.

—¿Qué clase de sorpresa, teniente?

Ambos nos volvimos a mirar.

Una combinación rosa, y estaba preciosa bajo la misma Supe que Murphy perdió el aliento al verla, cosa completamente lógica, pero a pesar de eso respondió:

—Se lo diré por el camino, *miss* Morris.

Ella arqueó una ceja.

—Si me esperan un poco, les acompaño.

—¿A la Morgue?

Y había extrañeza en la voz del teniente.

—¿Y por qué no? Míster Warren quedó conmigo en que me llevaría a Wall Street. Anoche, cuando vine, no traje mi coche.

No añadió más ni esperó respuesta.

Nos dejó solos, lo que dio motivo para que al cabo de veinte minutos los tres nos encontráramos en el interior del coche de la policía camino de donde el teniente nos había dicho, en el más completo silencio, hasta que lo rompí con una pregunta:

—¿Qué clase de sorpresa, teniente? Usted dijo...

—Ya lo verá por sus propios ojos, Warren, y de antemano le digo que no va a gustarle. No a usted ni a ella.

—¿Se refiere a *miss* Morris?

—Sí, así es.

Esperé a que Judy dijera algo, pero no lo hizo.

No pronunció palabra alguna en todo el trayecto, ni aun cuando los tres nos vimos en el interior del frío y lúgubre edificio frente a uno de los cajones montados en raíles.

De los tres, fue el propio teniente el que dijo:

—¿A qué espera para mirar, Warren?

A nada; no esperaba a nada, por lo que sin una vacilación tiré del cajón de plomo.

Un bulto cubierto con una blanca sábana.

A mi lado, Judy estaba horrorosamente pálida.

—Vamos, Warren, quite la sábana, ¿quiere?

Lo hice lentamente; una rubia cabellera y el rostro de una mujer. ¡Joly!

A mi lado, mientras que un sentimiento hasta entonces desconocido para mí amenazaba con ahogarme, Judy lanzó un ronco gemido y se vino al suelo como un saco.

Sentí el golpe que dio su cuerpo al caer y me volví, pero llegué tarde, porque Chick Morganson, forense de la policía, se inclinaba

sobre ella.

Lo hice a mi vez, pero Murphy me lo impidió al sujetarme del brazo.

Le miré.

—Deje a la muchacha con Morganson, Warren —dijo secamente —, y salgamos fuera. Hablaremos en la otra habitación.

No respondí, lancé una fugaz mirada al cuerpo desmadejado de Judy y salí tras sus pasos hasta la habitación contigua.

Volví a mirarle tan pronto como estuvimos a solas, esperando a que fuera él quien pronunciara la primera palabra.

Pareció comprenderlo así, ya que lo hizo casi al segundo siguiente:

—¿No quiere saber cómo ocurrió, Warren?

—Estoy esperando a que usted me lo diga, teniente —respondí fríamente.

Dudó unos segundos y respondió:

—¡La mataron de un tiro, y por la espalda, pesquisa! Anoche, sobre las dos de la madrugada, según el informe del forense.

—¿Quién les avisó?

—Una llamada anónima.

Sin saber por qué el recuerdo de Kinsey Stivens me vino a la mente, pero no dije nada al respecto sabiendo cuáles serían sus siguientes preguntas.

La primera; por qué creía yo que el asesinato de Joly tenía alguna conexión con el de Stivens, o algo parecido.

—¿Localizaron la llamada? —pregunté.

—No.

Nos miramos.

¿Había algo que preguntar?

Sí, mucho, pero de tantas como se me ocurrían no formulé ninguna, esperando, como siempre, a que fuera Murphy el que llevara la voz cantante en el asunto, pero ninguno de los dos tuvimos tiempo para nada más, aunque sólo fue por el momento.

Acompañada de Morganson, vi aparecer en el umbral de la puerta a una pálida Judy, fui a dar un paso hacia ella, pero Murphy se adelantó a mis deseos al tomar una de las sillas, que le ofreció.

—Siéntese, *miss* Morris —dijo.

Y mientras obedecía en silencio, algo en la voz del teniente me

hizo mirarle fijamente.

Entonces añadió:

—¿Es siempre tan impresionable, *miss* Morris?

Judy arqueó una ceja mientras que, poco a poco, su natural color volvía a su rostro.

—Especifique más esa pregunta, teniente —dijo:

—Me estoy refiriendo a que se desmayó en el acto al ver a la secretaria de *míster* Warren y me pregunto por qué.

—Es impresionable de todo punto —respondió—. Ya lo es este edificio aún antes de entrar en él, y es la primera vez que lo veo desde aquí; desde dentro, ¿comprende? Por otra parte, tampoco estoy acostumbrada, como usted, teniente, a ver la muerte tan cerca. No estaba preparada, la verdad, y perdí el sentido como una estúpida. No hay nada más que eso, aunque usted pueda pensar lo contrario.

Hubo una pausa que no rompí, limitándome a escucharles a los dos; pausa que Murphy rompió con una nueva pregunta, completamente inesperada para mí:

—¿Desde cuándo conocía a *miss* Joly Dors, *miss* Morris? Judy le miró fijamente y vi cómo su ceño se fruncía.

—Nunca la vi antes de ahora, teniente.

—¿No...?

—No.

Y se puso en pie.

Sus ojos no brillaban ahora; estaban fríos, enormemente fríos cuando añadió:

—Pruebe lo contrario si puede, teniente, y deje de molestarme. *Míster* Warren, aquí presente, sabe que nunca fui a su oficina ni él me mandó a su secretaria con recado alguno que...

Murphy la interrumpió en aquel momento:

—Voy a probar que sí, que la conocía, y el día que esto ocurra, y a pesar de sus dólares, *miss* Morris, le daré un disgusto.

—¿Sí...? ¿Y de qué me acusará si puedo saberlo? ¿De haberla asesinado yo? Vamos, teniente, *míster* Warren y yo hemos pasado la noche juntos.

—Sé todo eso... pero hay un artículo en la ley de los Estados Unidos que trata sobre obstaculizar la acción de la justicia. Es un delito que se paga por él. No lo olvide, *miss*...

—Lo tengo en cuenta, teniente —le interrumpió a su vez—, y comoquiera que esta discusión no conduce a nada, le ruego me disculpe. Tengo que atender otros asuntos doblemente importantes.

—¿Con la Oil?

—Precisamente, teniente.

Se volvió hacia la puerta, me puse en pie con ánimo de seguirla, y ambos anduvimos unos cuantos pasos hasta que Murphy la llamó:

—Un momento, *miss* Morris —dijo.

Se volvió a mirarle y observé sus ojos.

Lejanos, sin expresión alguna, aunque sus rojos labios se distendieron cuando preguntó:

—¿Sí, teniente?

—Muerto míster Stivens, ¿en qué situación se encuentra usted dentro de la empresa?

Sus ojos continuaron sin mostrar expresión alguna a pesar de que su roja boca inició una amplia sonrisa unos segundos antes de contestar:

—Ahí tiene un buen motivo para asesinarle, teniente. El mejor, según mi propia opinión, porque muerto él, prácticamente soy la dueña absoluta de la compañía. Los demás accionistas no cuentan, por la sencilla razón de que sus acciones, comparadas con las mías, con la cantidad que yo tengo, carecen completamente de valor.

—Dicho en otras palabras, *miss* Morris, que usted es la que hace y deshace según su voluntad, ¿verdad?

—Así es, teniente.

—¿Qué relaciones le unían a míster...?

—Era un buen amigo, como en cierta época un tanto lejana lo fue el único hombre que verdaderamente me ayudó sin pedir nada a cambio. Y me refiero a un encumbrado *gángster* de Nueva Orleáns. Un tal Fabiani, teniente.

Cruzó el umbral sin esperar respuesta y fui detrás sin volver la cabeza y sin que Murphy hiciera nada por detenernos.

La calle.

Un taxi.

Se me había colgado del brazo tan pronto como pisamos la acera y fue entonces cuando pensé si era cierto que una mujer como ella, que todo lo tenía, era verdaderamente mía, y como la pregunta iba unida a otra, asimismo me pregunté por qué y no supe qué

responderme.

El taxi.

Lo detuve, subimos y di la dirección de la Oil, allá por Wall Street.

Callamos hasta mediar el camino, y el silencio lo rompí yo con una pregunta:

—Dime la verdad, Judy —dije—, ¿desde cuándo conocías a Joly?

Respondió con otra.

—¿Se llamaba así, Alfred?

—Sí, así se llamaba —respondí—. ¿Desde cuándo, muchacha?

Vi cómo me miraba y aguardé su respuesta, que llegó a mí al cabo de unos cuantos segundos de silencio, como si antes sopesara lo que debía decirme:

—Nunca la vi antes de ahora, Alf —respondió—, y te estoy diciendo la verdad.

Pero sin saber por qué intuí que mentía, por lo que le insistí.

CAPÍTULO V

El mismo me abrió la puerta, y antes de pronunciar palabra, ambos nos miramos en silencio.

Rubio y alto, como un nórdico, fuerte como un búfalo de las legendarias praderas del antiguo Oeste, elegante, y de ojos grises, exactamente igual que los míos y que me miró de un modo que me hizo presumir que estaba esperando mi visita.

—¿Míster Elmer Krammer? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Efectivamente, soy yo. ¿Qué desea?

Respondí claramente por si no me había equivocado en mis primeras sospechas al creer que me esperaba:

—¿Hablamos aquí, en el pasillo, o lo hacemos dentro?

—¿Tan importante es?

—Usted juzgará —repliqué—. Se trata del asesinato de míster Stivens. Creo que pertenecía al consejo de la Oil, ¿no?

Su ceño se frunció algo más.

—No tengo declaraciones que hacer a la prensa —dijo fríamente—. No por el momento.

—No soy periodista —contesté:

—¿No...? —Su voz mostraba sorpresa, pero no me dejé engañar por eso—. En ese caso...

—Escuche, míster Krammer —le interrumpí—, mataron a míster Stivens y a mí me pagan por tratar de descubrir a su asesino. ¿Puedo entrar, o me voy directamente al Departamento de Homicidios a explicarle al teniente Murphy lo que yo pienso de todo esto?

Su rostro no cambió de expresión cuando respondió:

—Puede hacer lo que guste, pesquisa, ¿comprende? Y por favor, no me haga perder más el tiempo, o no tendré más remedio que darle con la puerta en las narices.

Pero no lo hacía.

—¿Qué es lo que trata de ocultar dentro de su apartamento que no desea...?

La voz de ella, viniendo del interior, me envaró.

—Déjale entrar, Elmer. Ese sucio tiene medios para hacer lo que te he dicho. Puede enviarnos a la policía, y ellos siempre son más molestos...

No escuché el resto de la frase; Krammer se estaba apartando de la puerta y crucé el umbral para precederle hasta el interior de su apartamento tan pronto como cerró a espaldas de los dos.

Llevaba minifalda y se encontraba sentada en uno de los sillones del *living*, con un cigarrillo en la mano derecha y la otra sosteniendo un vaso de *whisky*, ya mediado.

No me sonrió.

Tampoco lo esperaba.

—¿Y...?

Fue ella la primera en hablar, en tanto que Krammer se situaba frente a mí, a su lado, apoyando una de sus manos contra el respaldo del sillón, cerca, muy cerca de aquella hermosa cabeza de mujer.

—¿Puedo saber qué es lo que hace en este apartamento, *mistress* Presley?

—¿Qué diría si le respondiera que a usted no le importa, Warren?

—Nada, a no ser que los dos están en combinación en esto.

Se puso en pie y sus ojos centellearon.

—¿Me está acusando de haber dado muerte a Kinsey, pesquisa?

—Aún no —repliqué fríamente—, si me explica satisfactoriamente lo que está haciendo en este apartamento, querida *mistress* Presley.

Y dio el estallido:

—Es usted un sucio, fisgón, porque no hay nada de lo que está usted pensando. Vine aquí a hablar de ciertas acciones con míster Krammer, y en privado.

—¿Lo sabe su esposo?

Ambos se miraron por espacio de unos segundos y, a continuación, clavaron sus ojos en mí; ojos que asaeteaban.

—No. Y espero que no se lo diga.

—¿Qué clase de negocios?

—¿Lo de las acciones?

—Sí, así es.

Volvieron a mirarse, y, finalmente, Mónica contestó:

—Estamos tratando de hundir a una asesina, querido. El hecho de que sea... capaz de tener el cinismo de convertirse en su amante para que la ayude, aparte de poner a su disposición unos cuantos miles de dólares, no cambia las cosas. Ella y nada más que ella mató a Kinsey. Qué coartada empleó con la policía, no lo sé ni me lo han querido decir, y de lo contrario todo se hubiera ido al infierno antes de que usted hubiera intervenido.

—Es decir, que los lobos se unen para expulsar de la Oil a la presidenta del consejo de administración, ¿no es así?

Lentamente, Krammer apartó la mano del brazo del sillón y se me acercó.

—Escuche, Warren —dijo—, me estoy cansando de sus impertinencias, ¿comprende? Por tanto, ahora que lo sabe todo, lárguese al cuerno y déjenos en paz.

—Supóngase que...

Me interrumpió señalando la puerta.

—¡Lárguese, Warren!, y ponga a esa... esa... en antecedentes de esto. Pero de antemano le advierto que no conseguirá nada. No podrá detener el golpe. Lo entiende, ¿verdad?

No estaba versado en negocios de altos vuelos, pero para mí estaba claro que si Krammer y Mónica Presley continuaban por aquel camino, presionando a los demás accionistas, podían hacerle mucho daño a Judy.

Me volví hacia la puerta, y ya con la mano sobre el tiradorladeé la cabeza para mirarles.

—Nos volveremos a ver —dije, ensayando una salida airosa.

Ninguno de los dos respondió, por lo que abrí la puerta y abandoné el apartamento, notando en mi espalda los dardos de sus miradas.

Conduje hacia Wall Street y enfrenté al uniformado portero de la planta baja.

—Deseó ver a *miss* Ferguson —dije.

Me miró levantando las cejas, tal vez tratando de recordar mi rostro, y luego contestó:

—Ya no trabaja aquí.

Creo que mi rostro expresó una sorpresa sin límites, pues me miró atentamente; entonces inquirí:

—¿Se despidió?

Le vi sonreír.

—La despidieron —respondió.

Di las gracias por la información y pregunté:

—¿Sabe dónde vive? Es importante.

Pero cuando terminé de hablar le estaba mostrando un billete de cien dólares, de un modo discreto.

Creí que no se había dado cuenta del hecho, pero de un modo repentino, aquél se pegó a sus dedos y desapareció de mi vista por arte de brujería.

—En el número 990 de la calle 53 Oeste —dijo.

Volví a dar las gracias y regresé al volante.

Calle 53 Oeste.

Vi el número delante de mis ojos mucho antes de que hubiera llegado a una conclusión sobre el caso de Elsa Ferguson.

«Una gran mujer y una jefe...»

Eso me dijo, y a las veinticuatro horas escasas, fue despedida de la empresa. ¿Por qué?

Descendí del «Cadillac» sin haber podido contestarme a la pregunta, crucé la acera y entré en el portal.

Una de las tablillas indicadoras me dijo sin lugar a dudas que su apartamento se encontraba situado en el décimo piso, apartamento 45-P.

Subí en el ascensor, me detuve frente a la puerta, vacilé unos segundos y llamé empleando el timbre para hacerlo.

Un minuto más tarde volví a llamar por segunda vez y entonces la puerta se abrió y quedó enmarcada en el umbral.

Abrió los ojos con sorpresa, luego me sonrió, y se apartó para dejarme pasar.

Terminaba de salir del baño y el albornoz con que se cubría era corto y ella alta.

El espectáculo era fascinante y aparté mis ojos de sus piernas para fijarme en la disposición de todos los objetos que había en el interior de su apartamento.

En la salita de estar nos detuvimos, y de los dos, fue ella la que

primero empezó con las preguntas:

—No lo esperaba, palabra —dijo—. ¿Qué le trae por aquí?

—Unas preguntas, *miss* Ferguson —dije.

—¿Acaso quiere saber por qué me despidieron?

—Eso entre otras cosas.

—¿Y...?

—¿Por qué fue?

Encogió los redondos hombros de un modo casi imperceptible para mí.

—No lo sé —dijo.

Medité rápidamente y formulé una nueva pregunta:

—¿Quién la despidió?

—Míster Krammer.

—¿Me está diciendo la verdad?

—¿A qué se refiere?

—A que no sabe el motivo de su despido.

—Así es, pesquisa. ¿Algo más? Tengo que cambiarme. Comprenda, he de salir para tratar de buscar otro trabajo.

Hice un gesto con la mano, se interrumpió y solté una nueva pregunta:

—¿Qué atribuciones tiene Krammer para...?

—Entre otras, es el jefe de personal.

Pensaba en Judy cuando respondí:

—¿Lo sabe *miss* Morris?

Volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Y usted no ha tratado de...

Me interrumpió:

—¿Para qué? Entre ellos no se muerden. De todos modos me hubiera tocado perder a mí.

Recordé a Joly y fruncí el ceño, pero no dije lo que verdaderamente pensaba en aquel momento, sino que formulé una nueva pregunta:

—¿Qué relaciones unen a *mistress* Presley con Krammer?

—Con seguridad no lo sé, pero hay quien opina que son bastante íntimas.

No insistí, ya que aquello abría ante mí todo un mundo de posibilidades.

—Y míster Stivens, ¿era muy amigo de la familia?

—¿Se refiere a los Presley?

—Sí, así es.

—Bueno, al parecer, *mistress* Presley coqueteaba con él... lo mismo que con otros, y lo que es peor, es que míster Presley lo sabía.

Algo más que quedaba en mi interior por lo que dije.

—Eso, querida, no me lo explicó en nuestra primera entrevista.

Empezó a sonreír mucho antes de que terminara de hablar y luego contestó:

—Tampoco me lo preguntó usted, querido.

No repliqué a aquello.

Me era difícil precisarlo con absoluta claridad teniéndola allí, en pie frente a mí, apenas cubierta por el albornoz.

Traté de borrar de mi mente aquellos pensamientos y pregunté:

—¿Sabe dónde puedo ver a míster Morgan y a míster Borden?

Ladeó el rostro para mirar una repisa sobre la que había un reloj y respondió:

—A esta hora deben de estar en la Oil.

—¿Otra reunión?

—No. Por lo menos, yo no sé que se haya convocado.

Guardé silencio por espacio de unos cuantos segundos antes de iniciar una nueva pregunta, si es que había lugar para ello.

—Respecto a *miss* Morris —dije tras aquel breve silencio—, ¿fue cierto lo que afirmó de ella?

—Sí. Una gran mujer.

—Sabe que tuvo una vida... bastante... bastante...

—¿En Nueva Orleáns?

—Sí, así es.

Me sonrió.

—No haga mucho caso de lo que puedan contarle pon ahí respecto a ella, Warren.

—¿Se refiere a alguien en concreto?

—Usted sabe que es así, pesquisa. Y ahora, ¿quiere largarse y dejarme en paz? Debo buscar trabajo, no lo olvide.

Una vez más sus palabras me hicieron recordar a Joly, cuyo cadáver se encontraba en la Morgue y respondí:

—Asesinaron a mi secretaria, *miss* Ferguson. Si le interesa el

empleo, vaya a verme esta noche a mi apartamento.

No esperé respuesta.

Abandoné el suyo dejándola —digo yo—, muda de asombro, y ya en la calle me vi de nuevo con el volante del «Cadillac» entre las manos conduciendo hacia Wall Street, cuna de magnates y cosas inconfesables.

El portero arqueó una ceja al verme de nuevo por allí, y al que no di tiempo a que pronunciara una sola palabra, ya que pregunté apenas me vi frente a él:

—¿Miss Morris...?

—No sé si...

Seguramente estaba pensando en un nuevo billete de cien dólares y le interrumpí:

—Si no quiere perder el empleo, amigo, tome uno de esos teléfonos interiores y avísele que Alf Warren quiere verla. Es importante.

Se volvió en redondo luego de lanzarme una mirada venenosa que simulé no ver y entró en la portería para reaparecer minutos más tarde diciendo:

—Tome el ascensor número ocho, míster Warren. Es el privado de *miss* Morris.

Lo hice, y ella misma me estaba aguardando en el pasillo, frente a la puerta del susodicho armatoste mecánico.

Me ofreció los labios apenas verme, que besé, aunque no como otras veces, cosa que no dejó de notar.

No dijo nada al respecto, pero lo vi en sus ojos, que me asaetaron por espacio de unos segundos, aunque sí preguntó:

—¿Qué ocurre ahora, Alf?

—Míster Lajos Borden y Pat Morgan, querida —respondí—. Deseo hablar con ellos. —Hice una pausa e inquirí: ¿Y tú secretaria, Judy?

—No lo sé —respondió—. No se encuentra aquí. Quiero decir que no ha venido a trabajar.

Dejé la respuesta para más adelante y pregunté:

—¿Puedo ver a esos dos?

—Sí, claro —me prendió del brazo y tiró de mí—. Ven conmigo.

Un pasillo, otro, otro más, una curva, otra... y, finalmente, me vi frente a una gran puerta de caoba.

Judy se soltó de mi brazo, llamó con los nudillos, empujó la hoja de madera y repentinamente me vi frente a ellos.

Pero eran tres y no dos, como creí.

Un trío que se levantó apenas vemos entrar y que después de lanzarme una fugaz mirada clavaron los ojos en ella.

—Míster Warren —presentó—, míster Lajos Borden, míster Pat Morgan y míster Presley.

Clavé mis ojos en el tercero de ellos, notando cómo les suyos, negros e inquisitivos me asaeteaban.

Fue él quien preguntó:

—¿Puedes decirme quién es míster Warren y qué hace aquí, en las oficinas de la dirección de la...?

—Es un detective privado, Richard. Le contraté para... Borden la interrumpió:

—Sé para qué le contrastaste, Judy, y nada te da derecho a hacerlo, y mucho menos para que se meta en nuestros asuntos. Bastantes molestias nos está causando ese teniente de Homi...

Le interrumpí a mi vez:

—Si las gentes que trato no hicieran cosas sucias, míster Borden —dije fríamente—, no tendrían que soportar las impertinencias de la policía y la de tipos como yo. Lo comprende, ¿verdad?

Soltó una maldición entre dientes, sin respeto alguno por Judy que hizo como si no la hubiera oído y se hundió materialmente en uno de los sillones, en tanto que Morgan hacía una mueca.

—Correcto, pesquisa —dijo—. ¿Para qué vino hoy aquí?

—Para hacer unas cuantas preguntas.

—Supóngase que no queremos contestar a ninguna. ¿Qué responderla?

Me encogí de hombros.

—Nada —dije—, si es tanto lo sucio que tienen que ocultar.

Se puso en pie y vino hacia mí cuando ya Judy se interponía entre los dos.

—Será mejor que te reportes un poco, Pat —le pidió fríamente—. A Kincey le mataron en el interior de mi apartamento y quiero a su asesino.

—Eso es cosa de la policía, Judy.

Volvió los ojos hacia Presley y le respondió:

—Y mía también.

—¿Sí...?

—¿Qué estás tratando de decirme, Richard?

—¿No lo sabes?

No intervine, me interesaba aquel duelo de palabree como jamás me interesara cosa alguna.

—No, desde luego, no.

—Pudiste matarle tú, Judy. Por ambición, ¿no?

No se desconcertó por aquello; con una sangre fría admirable respondió:

—Tuve la ocasión y el motivo, Richard, pero eso también se te puede atribuir a ti.

Tampoco se descompuso.

—¿A mí...? No veo el motivo, querida. Muerto Kinsey, todas las acciones pasan a tu poder, y hubiera ocurrido a la inversa si la muerta hubieras sido tú.

Sonrió.

—Sí, así es, Richard, pero yo no me llamo Kinsey Stevens ni Mónica Presley.

El silencio que siguió a sus palabras se retorció como una culebra mientras que Presley daba un par o tres de pasos hacia ella, por lo que me preparé.

Pero se detuvo mucho antes de tocarla.

—Me gustaría —dijo calmadamente—, que ampliaras más esa... esa acusación, ¿no?

Judy respondió con otra pregunta:

—¿Hace falta eso, Richard? ¿Hace falta que en todo esto mezcle también el nombre de Krammer lo que están tratando de hacer entre todos ahora que Kinsey ha muerto?

Presley sólo contestó a sus últimas palabras:

—¿Y qué es ello, querida?

—Sencillamente, echarme de la compañía, cosa que tal vez consigáis, aunque os va a costar trabajo y algo de lo que más os duele. Dólares, querido, y nada más que dólares.

—¿Sí...? ¿Y puedo saber quién te ha metido esa idea bajo tu bonita pelambrera, Judy?

—Si te dijera eso, Richard, sabrías tanto como yo —se volvió a mirarme y añadió, dirigiéndose naturalmente a mí—: Te espero en mi despacho, Alfred. Tú... Bueno, puedes preguntarles o no... pero

de antemano te advierto que no sacarás nada en claro. Los tres están de acuerdo.

Ninguno respondió a aquella otra acusación, pero clavaron sus ojos en nosotros quizá en espera de mi respuesta.

La di, encarándoles:

—Por hoy tengo bastante, aunque no comprendan esto —desvié la mirada hacia Presley y añadí—: Espero continuar esta conversación con usted.

—¿Por qué precisamente conmigo, Warren?

—Eso se lo diré más tarde —me volví a mirar a Judy y proseguí—. Cuando tú quieras, muchacha.

Me prendió del brazo con toda desfachatez y salimos dejándoles allí, con los ojos fijos en nuestras espaldas.

El despacho.

Judy me indicó uno de los sillones, pero denegué con la cabeza, y entonces me miró con asombro.

—¿No vas a sentarte un poco, Alf?

Respondí con otra pregunta:

—Vas a decirme ahora una cosa, querida —dije como preámbulo—, y quiero la verdad, ¿cuándo conociste a Joly Dors? Me refiero a mi secretaria, ¿comprendes?

—¡Alf!

—¿Cuándo? —insistí.

—Pero... pero... si eso ya lo teníamos hablado. Incluso estaba presente el teniente Murphy.

Me acerqué a ella.

—¿Cuándo, Judy? —Insistí una vez más—. Nadie se desmaya como tú lo hiciste frente a un cadáver más o menos hermoso. Recuerda que en tu apartamento viste al de Stivens y tuviste presencia de ánimo para salir a escape y buscar una coartada por mediación mía.

Arqueó una ceja.

—La Morgue impone, Alf —dijo suavemente—. Por lo menos, eso es lo que me ocurrió a mí, y te estoy diciendo la verdad.

No hice caso y proseguí:

—¿No será, querida, que era la propia Joly la que se Encontraba muerta en tu apartamento? ¿La mujer que tú viste...?

—¡Alfred!, por favor...

—¿Sí o no, querida?

—¡No! Desde luego que no. Jamás vi a tu secretaria como no fuera allí, dentro de aquel horrible cajón. Es la verdad de...

Se interrumpió cuando vio cómo me llevaba la mano al bolsillo interior de la americana y asimismo vi la sorpresa en sus ojos en el momento en que saqué de la cartera el talón que me diera.

Pasé por su lado, hacia la mesa y lo deposité sobre la misma.

Al hacerlo, ella preguntó:

—¿Qué significa eso, Alf?

Pero ya sabía la respuesta mucho antes que yo se la diera.

—Dejo el caso, querida, en lo que a ti respecta.

—Pero...

—Respecto a ti y al asesinato de ese Kinsey Stevens ¿comprendes? Tus dólares los tienes ahí, muchacha. No me gusta que me mientas, y tú, desde que nos conocimos, no has hecho otra cosa. —Retrocedí hasta la puerta y continué—: Cuídate si tú has tenido algo que ver con la muerte de Joly, porque va a hacerte falta.

—¿Yo...? ¡Estás loco, Alf! Ambos estábamos juntos aquella noche, ¿recuerdas?

Lo recordaba, desde luego, pero respondí:

—Hay muchas formas de matar a una persona mientras se está lejos de ella, querida.

—¡Alf... te he dicho la verdad! ¿Entiendes? Ella no era la rubia que...

—¿Estás segura?

—Pero qué diablos...

—Deja a ese individuo en paz y...

A su vez me interrumpió:

—Entonces, lo nuestro...

—Por el momento se terminó, querida —respondí fríamente—. Pero si algún día recuerdas lo que verdaderamente ocurrió aquella noche, ya sabes el modo de entrar en mi apartamento.

No esperé a que añadiera nada más, abrí la puerta dando la espalda y salí al pasillo.

El ascensor.

Lo tomé, descendí hasta la planta baja y salí a la calle.

El «Cadillac», Mónica Presley y Krammer y, posiblemente

también Kincey Stivens.

¿Quién le siguió hasta la casa de Judy para asesinarle allí, y sobre todo, qué diablos coronados hacia Joly en el interior de aquel apartamento?

Y una pregunta más: Si fue ella la que Judy viera, ¿cómo demonios se encontraba viva y no muerta como creía la presidenta del consejo de administración de la Oil?

Richard Presley, su esposa Mónica, Krammer y Stivens. Las relaciones de ella con Krammer o con Presley... y los negocios que estaban tratando en privado, en el interior del apartamento del último.

Lajos Borden y Pat Morgan, dos sujetos que, por el momento, no encajaban en ninguna parte.

¿Quién y por qué?

Judy Morris, una gran mujer a juicio de Elsa Ferguson, y una aventurera, según las palabras de *mistress* Presley.

Fuera lo que fuese, en Nueva Orleáns, ella había tenido ciertas relaciones con un *gángster* de cierto renombre en aquella ciudad.

Y la unión de los miembros de la compañía para hundirla del todo, guiados por otra mujer tanto o más ambiciosa que ella misma.

Una mujer que no reparaba en medios para conseguirlo.

¿Por qué?

¿Por Kincey Stivens?

Podía ser, pero no estaba seguro de aquello.

Alcancé la calle sin dejar de pensar, y lentamente me acerqué al «Cadillac», abrí la portezuela y entonces la vi, con la minifalda, calzando zapatos de ocho pulgadas de tacón, y sus rojos y sensuales labios distendidos en una sonrisa.

—Hola, pesquisa —saludó—, perdone si me apoderé de su coche, pero no pude resistir la tentación cuando le vi aquí, frente a esta puerta.

No dije nada, di el encendido, embragué, y empezamos a rodar en silencio.

Ella tampoco dijo nada hasta que pregunté:

—¿Qué ha decidido?

—¿Respecto a lo que hablamos en mi apartamento?

—Sí.

—Francamente, aún no lo pensé.

—¿No...?

—Claro. Usted dijo que tenía tiempo hasta la noche, ¿no? Que me esperaría en su propio apartamento, ¿verdad?

—¿Pensaba ir, Elsa?

—¡Claro! Nunca entré en el domicilio de un soltero recalcitrante como usted.

—¿Pero soy eso? —pregunté.

Ella se echó a reír.

—No haga mucho caso de lo que pueda decir algunas veces la pequeña Elsa Ferguson, pesquisa —dijo. Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Dónde vamos?

—Supóngase que le digo que la llevo a mi casa —repliqué—, ¿qué respondería?

—Sencillamente, que como es usted mi presunto jefe, es el que manda, ¿no?

Callé y continué conduciendo.

Elsa tampoco dijo nada y continuamos en silencio hasta el término del trayecto.

CAPÍTULO VI

Detuve el coche y me miró.

—¿Su apartamento, jefe? —preguntó.

A mi vez la miré y sonreí.

—Nada de eso, muchacha —dije. Vacilé durante unos segundos y, por fin, añadí—: Tendrá que esperarse aquí, Elsa.

Arqueó una ceja.

—¿Adónde va?

—A hacer una visita.

—¿Y cómo secretaria suya no puedo acompañarle, míster Warren?

—No. Por tanto, sea una buena chica y espere.

No respondió, por lo que abandoné el coche y entré en el portal del número 795 de la calle 49.

Subí en el ascensor, rebusqué en mis bolsillos frente a la puerta 112-K, y cuando encontré la llave la introduje en la cerradura, abrí la puerta y entré.

Vacío, soledad...

Ésa fue la sensación que experimenté en el interior del apartamento de Joly, preguntándome de paso qué había ido a buscar allí.

Sabía, estaba seguro de que el teniente Murphy había mandado a sus hombres a registrar o si no, ya lo habían hecho tan pronto como descubrieron su cadáver.

En el suelo, un tanto borroso, todavía se podía ver el dibujo hecho con tiza del lugar donde cayera, muerta de un balazo en la espalda.

Me senté al borde de su lecho.

Una idea, una sola, pero no acudía a mi mente, por lo que me puse en pie y empecé a registrar.

Media hora más tarde me encontraba en el mismo lugar de siempre.

Ni un indicio que me dijera si efectivamente fue ella la que se encontraba en el apartamento de Judy el día del asesinato de Stevens.

Nada, absolutamente nada.

Lentamente abandoné el apartamento y descendí hasta la planta baja utilizando la escalera.

Desde la ventanilla del «Cadillac», los hermosos ojos de Elsa Ferguson me asaetearon.

Abrí la portezuela, entré en el coche y apenas si lo hube hecho preguntó:

—¿No encontró nada, pesquisa?

La miré fijamente.

—No, nada, y a decir verdad, tampoco lo esperaba.

Callamos, puse el coche en marcha y conduje lentamente, a través del tráfico hasta el lugar donde tenía mi oficina.

Entramos los dos en el mismo silencio que empleamos al trasladarnos allí, y la vi mirar con curiosidad todo lo que había, tanto en mi despacho como en el que en vida perteneciera a Joly.

Luego se sentó para mirarme directamente a los ojos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

Hice una mueca y respondí con otra pregunta:

—Entonces se queda, ¿verdad?

—Claro. Necesito comer, ¿no?

No respondí.

Le di la espalda, rodeé la mesa y me dejé caer en el sillón, seguido por los inquisitivos ojos de ella, que preguntó tan pronto como me vio sentado:

—¿Y bien, míster Warren...?

Señalé el despacho de Joly.

—Puede entrar ahí si lo desea, Elsa —dije—, y prepararse las cosas a su gusto.

—¿Y...?

—Por el momento, nada más, querida. Simplemente, que atienda el teléfono por si llama alguien, cosa que dudo. Pero antes de pasarme la comunicación aquí, consulte conmigo.

Se puso en pie, dejé de ver sus piernas, respiré un tanto

satisfecho y desapareció de mi vista.

Apenas lo hubo hecho, saqué la botella de *whisky* y bebí un largo trago.

De nuevo pensaba, en el revoltillo de nombres que había en el interior de mi mente, en Judy, en lo que significaba para mí, y en su negativa de que no era Joly la que se encontraba aquella noche en su apartamento.

La rubia que ella viera muerta, o, en su defecto, que lo creyera así.

¿Me había dicho la verdad?

Si era así, no me lo explicaba de ningún modo.

Y si en realidad fue Joly, aquello aún resultaba más incomprensible, porque, ¿para qué diablos fue aquel apartamento? ¿Qué buscaba en la casa de *miss* Morris?

¡Absurdo por completo!

Bebí por segunda vez, y en aquel momento hasta mis oídos llegó la ahogada exclamación de Elsa.

Me puse en pie de un salto, rodeé la mesa a la inversa y entonces la vi frente a mí, el rostro pálido, y llevando en las manos una pesada automática «Colt» calibre 45.

Un verdadero cañón capaz de enviarle a uno al infierno con pasaporte de ida, pero no de vuelta.

Se me acercó en tanto que yo me detenía en seco.

—¿Qué diablos...? —empecé.

No me dejó terminar.

—Encontré esto en el cajón de la mesa, míster Warren. Es... una automática y... y... ¡Diablos! ¿Cómo se encontraba ahí? Eso... no me entra en la cabeza.

Calló y la miré fijamente.

Había algo en sus palabras que escapaba a mi comprensión, por lo que pregunté, dándole la sensación que yo era un perfecto imbécil.

—¿Por qué no podía tener una pistola?

—Sí, claro —respondió, ya un poco más calmada—, pero no ésta.

—¿Qué...?

Terminé de rodear la mesa y me acerqué.

—¿Por qué no? —añadí.

—Porque esta automática es... es...

Calló, sin atreverse a continuar y apremié:

—Conteste, Elsa, ¿de quién es ese «Colt»?

—De *miss* Morris, míster Warren —respondió con desgana.
Me envaré.

—Repita eso, ¿quiere?

—Es... de *miss* Morris. Se la vi en más de una ocasión y... y...

¿Cómo vino a parar aquí?

No contesté.

Empecé a pensar rápidamente, sabiendo cuál era mi obligación en aquel momento. Tomar el teléfono y ponerme en contacto con el teniente Murphy, pero no lo hice.

—¿En qué cajón la encontró, Elsa? —Fue lo que pregunté.

—Venga.

Entré detrás de ella y me lo mostró.

El último de los cuatro que tenía su mesa despacho, en el lado derecho.

—Se encontraba bajo estos papeles.

No respondí.

Pensaba en *miss* Morris cuando extendí la mano hacia ella:

—Démela, ¿quiere?

Me miró con los ojos muy abiertos:

—Pero... pero... No irá a entregársela a la policía, ¿verdad?

Mirándola suspicaz pregunté a mi vez:

—¿Por qué tendría que hacerlo, muchacha?

—Esa pistola y... Bueno, su secretaria murió asesinada, ¿no? ¿Y si esta automática fue la que se empleó para cometer el crimen?

Miss Morris...

—Y eso no le gustaría a usted, ¿verdad, Elsa?

—No, ni mucho menos.

—¿Ni aun siendo ella la asesina?

—¡No lo es! *Miss* Morris es incapaz de matar a nadie, a pesar de las ideas que le han metido a usted en la cabeza respecto a ella.

—¿Qué ideas son esas, Elsa?

Una vez más la vi abrir mucho los ojos.

—Usted debe saberlo mejor que yo... pero tampoco soy la indicada para decir lo que debe hacer o no.

Y me entregó la «Colt».

Delante de sus ojos la examiné.

Como ya esperaba, faltaban dos cartuchos.

Uno podía corresponder a la bala que mató a Kinsey Stivens y el otro... a la pobre Joly.

Maldije *in mente*.

Y mientras lo hacía la guardé en el interior del bolsillo del pantalón en tanto que Judy no dejaba de observarme en silencio.

Luego me volví hacia la puerta y entonces preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer, míster Warren?

Me detuve y la enfrenté:

—Confieso que no lo sé, querida. Por el momento, dar una vuelta por ahí.

—¿Le acompaño?

—No. Prefiero estar solo.

Y en aquel momento decía la verdad de lo que sentía. Cruzé el umbral, y al hacerlo, Elsa dijo a mi espalda:

—¿Por qué no habla con ella antes de... de...?

—Quizá lo haga así, querida —dije sin volver la cabeza.

Ya en mi despacho fui al perchero, tomé la americana, me la puse, guardé la botella de *whisky*, me encasqueté el sombrero, lancé a Elsa un beso con la punta de los dedos, que me fue devuelto del mismo modo, y salí a la calle.

Anocheecía...

Miré a todos lados.

Lo mismo de siempre; hombres y mujeres que iban de un lado para otro, sumidos en sus propios asuntos, y decidido ya avancé hacia el «Cadillac».

Por espacio de más de una hora deambulé de un lado para otro hasta que tropecé con un *snack-bar*.

Detuve el coche frente a su puerta y entré.

La barra y frente a mis ojos una rubia.

La sonrisa de una rubia que me hizo recordar a *miss* Morris.

Lamentando haber entrado por aquel simple hecho, contesté —a su pregunta que formuló apenas si me acomodé en uno de los taburetes:

—Un bocadillo de jamón y una lata de cerveza.

Me lo sirvió sin perder la sonrisa y una vez más maldije *in mente*, pero la rubia no tenía la culpa del curso de mis

pensamientos.

Y lo que era peor es que yo tampoco.

Sabía dónde iba, lo pensé así mientras mordía lentamente el bocado, y, sin embargo, no deseaba hacerlo en modo alguno así como tampoco quería poner en antecedentes de lo ocurrido a Murphy, sabiendo lo que éste haría a continuación y las complicaciones en que me vería envuelto cuando le explicara que la coartada de ella era completamente falsa.

Volaría mi licencia en el mejor de los casos y ya jamás ejercería en Nueva York ni quizá en todo el territorio de Estados Unidos.

Empecé a beberme la cerveza, lentamente, retardando más y más mi encuentro con Judy, hasta que me dije que debía hacerlo a pesar de todos los pesares, y también a pesar del perjuicio que iba a causarme a mí.

Aboné lo consumido, devolví la última sonrisa de la rubia, di las buenas noches aunque por contraste para mí fueran más que malas peores, y regresé a la calle.

Conduje hacia Wall Street y detuve el coche en la acera opuesta.

A través de la ventanilla observé atentamente el edificio donde ella tenía su apartamento tratando de adivinar cuál de aquellas ventanas iluminadas correspondería al suyo pero no lo conseguí.

Tres minutos más tarde abandoné el «Cadillac», crucé al otro lado de la calle y una vez dentro del ascensor que debía conducirme a su apartamento consulté el reloj.

Eran las diez en punto de la noche el momento justo en que elevé el brazo con ánimo de pulsar el botón del timbre de la puerta cuando me di cuenta de que se encontraba abierta.

Es decir, simplemente entornada.

Me detuve en seco y extraje mi automática de la funda de la axila, empujé la hoja de madera y entré.

Había luz al fondo que se filtraba por debajo de otra puerta que me cerraba el paso y sin soltar el arma avancé unos pasos, la tanteé con los dedos y la abrí de un empujón.

Nada.

El *living* estaba completamente vacío y miré frente a mí, a las tres puertas que tenía delante de mis ojos y al otro lado de la vasta pieza donde me encontraba.

Ni pronuncié palabra, ni hablé ni grité llamándola.

Podía o no estar muerta en cualquiera de aquellas tres habitaciones, o tal vez estuviera fuera del apartamento pero aquello era chocante en extremo.

Era factible que se hubiera dejado las luces encendidas pero hubiera cerrado la puerta del apartamento, o viceversa, pero jamás olvidaría hacer una de las dos cosas.

Miré alrededor.

Silencio y según me pareció, cada cosa se encontraba en su sitio pero no por eso dejé la automática.

Hasta que de un modo repentino avancé hacia la puerta del centro.

No llegué.

No sé cómo y de un modo repentino las luces del *living* se apagaron y tampoco hoy recuerdo con claridad por qué lo hice... aunque quizá fue de un modo intuitivo, pero lo cierto es que me lancé de cabeza al suelo justo en el momento en que hasta mis oídos llegaba el apagado «ploff» de una pistola provista de silenciador.

Claramente oí el aullido del plomo sobre mi cabeza, di un par de vueltas sobre mí mismo y casi frente a mí, procedente de una de aquellas puertas, vi el fogonazo del siguiente disparo y la bala me chamuscó el cabello.

Apreté el gatillo dos, tres, cuatro veces cuando ya se oía el portazo que daba el asesino y me puse en pie pensando acertadamente que mi pistola, desprovista de silenciador, había alarmado a todo el vecindario.

Corrí hacia aquella otra iluminada tenuemente por la luz que provenía de la calle a través de las ventanas y me detuve a un lado del marco para escuchar.

Nada, el mismo silencio que cuando entré en el apartamento, y fuera como fuese tenía que abandonar el apartamento por allí, por el mismo lugar que el asesino; por la escalerilla para caso de emergencia pues no deseaba que nadie me viera en la escalera y mucho menos tropezarme con el teniente Murphy y llevando como llevaba la «Colt» que sirviera, según juzgaba, para eliminar a Joly y a Stivens.

Pegué el oído a la madera exponiéndome a un balazo a través de la madera pero tampoco ocurrió nada, por lo que la abrí de una patada saltando de costado.

No hubo más disparos y tras unos segundos de vacilación crucé el umbral de un salto.

Nada tampoco.

Miré alrededor tratando de adivinar cuáles eran los objetos que tenía frente a mí y en la suave penumbra reinante y empecé a cruzar hacia el otro lado sabiendo ya que me encontraba en el dormitorio de Judy.

¿Dónde se encontraba en aquel momento?

Me formulé la pregunta justo en el momento de alcanzar la ventana y allí enfundé, pasé la pierna sobre el alféizar y de buenas a primeras me encontré sobre la escalerilla.

Alcancé la calle cuando ya en la distancia se oían las sirenas de la policía, por lo que comprendiendo que cualquiera de los vecinos de Judy había llamado a la policía, anduve rápidamente hacia el «Cadillac», y partí de allí a escape.

El *snack* bar y la rubia.

La sonrisa de la rubia.

Pedí *whisky*, se la devolví de un modo casi mecánico y cuando me lo sirvió fui hacia una de las cabinas telefónicas.

Ideas y más ideas.

Eran demasiadas, desde luego, porque lo único que necesitaba era una sola.

Disqué.

Unos segundos y claramente oí la voz de Lajos Bordea al otro lado del hilo:

—Residencia de...

—Soy Warren, míster Borden —interrumpí.

Noté cómo contenía la respiración, unos segundos de silencio y al fin pude oír su respuesta, que sonó en mis oídos con extrema sequedad:

—¿Qué quiere? ¿Es que no puede telefonar a otra hora más...?

Volví a interrumpirle.

—Estoy buscando a *miss* Morris —dije—. ¿Se encuentra ahí?

—No.

Cortó la comunicación sin darme tiempo a que dijera nada más, pero tampoco hacía falta.

Y disqué por segunda vez.

Una voz de mujer.

La había oído un par de veces pero era suficiente para mí, a pesar de que se encontraba hablando por teléfono:

—¿Dígame...?

—Quiero hablar con su esposo, *mistress* Presley —dije. Respondió con una pregunta:

—Míster Warren, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí—. Es importante, ¿quiere decirle que se ponga al...?

—En este momento no está en casa. Llame más tarde o hágalo mañana ya que no sé cuándo regresará.

—¿Dónde fue?

—Eso, pesquisa, es algo que no le importa.

Cortó y miré el auricular con el ceño fruncido.

Dos veces más usé el teléfono aquella noche, pero no pude conseguir comunicación ni con Krammer ni con Morgan.

—Un trío que no se encontraba necesariamente donde debería estar a no ser que hubieran ido a cualquiera de los innumerables clubs nocturnos de Nueva York, lo que era muy posible.

Krammer, Presley y Morgan, conjuntamente con Judy. ¿Dónde se encontraba ella?

Sin saber por qué, la respuesta a aquella pregunta me preocupaba mucho más que cualquier otra.

En el precinto de policía si es que el teniente Murphy había dado con ella.

Era lo más seguro aunque sólo se la hubiera llevado para interrogarla respecto a lo ocurrido aquella noche en su apartamento.

Por tanto me abstuve de llamar a pesar de que por el tiempo transcurrido ya debía de encontrarse en su casa, caso de... Bueno, de emplear su tiempo durante parte de aquella noche en lo que posiblemente lo estaban empleando aquellos tres.

¿O había algo más?

Con un vago sentimiento de derrota que no supe a qué atribuir, solté el auricular sobre su soporte y regresé a la barra.

Y mi nueva secretaria.

Ella también contaba en aquello.

Podría negarlo todo a cualquiera pero si Murphy hablaba con ella lo diría y aquello no era sino ocultar pruebas a la policía y...

Empecé a beber el *whisky*.

Los ojos de la rubia que había tras la barra me observaban atentamente; asaetándome.

Quizá fuera accesible pero por aquella noche ya había bastante.

Terminé con el *whisky*, aboné la consumición y salí a la calle.

El volante, una vez más el volante, pero ahora hacía mi apartamento.

Di dos vueltas a la manzana antes de decidirme a detenerlo junto al bordillo y perdí tres o cuatro minutos en observar por la ventanilla pero no vi nada sospechoso por lo que me dije que por el momento, Murphy no había relacionado conmigo lo ocurrido en el apartamento de Judy.

Abandoné el coche, empecé a cruzar la acera hacia la puerta que daba acceso a la escalera donde tenía instalado el mío y entonces la vi.

Avanzando hacia mí, con el ceño fruncido y consultando su reloj de pulsera.

De los dos, fui yo el que primero preguntó:

—¿Puedo saber qué diablos estás haciendo aquí, o es que ya has recobrado la memoria?

Me miró con asombro y sus ojos chispearon:

—Creo, Alf, que como burla ya es bastante, ¿no?

Fruncí el ceño.

No estaba bromeando.

El frunce de sus labios y la expresión de su rostro me lo dijeron así mucho antes de que me diera la respuesta.

Entonces respondí, quizá un tanto secamente:

—¿Quieres explicarte de una vez?

De nuevo miró la esfera de su reloj:

—Hace más de una hora que estoy esperando y como plantón, es incluso demasiado para mí, Alf, querido.

Me acerqué un poco más, la prendí del brazo y tiré de ella hacia la puerta:

—Sube conmigo y explícame eso, muchacha.

Judy no contestó, tampoco hizo nada por impedir mi contacto por lo que abrí la puerta de la escalera y sin pronunciar otra palabra entramos en el ascensor.

Y no hablamos hasta que nos encontramos frente a frente, en el

living de mi apartamento.

—¿Qué significa eso que me estás esperando desde hace más de una hora? —pregunté.

Me miró como dudando de lo que oía hasta que de un modo repentino pareció darse cuenta de que yo tampoco bromeaba y contestó:

—¿Quieres decir que tú no me has citado aquí?

—No.

—Pero, Alf...

—¡No! —repetí.

—¡Oh! En ese caso...

La interrumpí mucho antes de que lograra terminar con la frase sabiendo cuál iba a ser aquel final.

—Pero ahora deseo que te quedes aquí conmigo, muchacha —dije.

Dio un pequeño grito y vino a mis brazos.

Cuando nos separamos al cabo de unos minutos le indiqué uno de los sillones, me senté frente a ella y pregunté:

—Entonces, ¿te quedas?

Me miró fijamente a los ojos y respondió:

—Sí, Alf... si tú quieres.

No respondí a aquello pero sí dije:

—Ahora, muchacha, explícame lo de nuestra cita. Pero despacio y tranquila. ¿Quién te llamó?

Abrió mucho los ojos y susurró:

—Creí que habías sido tú.

—Sí, lo sé, pero yo no envié ningún recado ni te llamé en ningún momento. ¿Quién y cómo fue? —insistí una vez más.

—Mónica me telefoneó hace unas tres horas. Me dijo que estuviste hablando con ella y que deseabas verme y que viniera a... aquí, y lo hice. Deseaba... deseaba verte, Alf. No... no quería que lo nuestro terminara de ese modo y... y vine. No te encontrabas aquí y esperé. Esperé mucho rato; más de una hora como ya te dije.

Por el momento sólo cabía una pregunta y la formulé:

—¿Tanto me amas, Judy?

No desvió sus ojos de los míos cuando respondió:

—Sí, Alf, tanto, y no me avergüenzo de confesarlo. Quizá no esté bien ni mucho menos pero ¿a santo de qué falsos rubores?

—¿Te casarías conmigo si te lo pidiera?

—Hazlo, y te daré la respuesta, querido, aunque por otra parte, ya me tienes aquí, ¿no?

Era verdad por lo que no respondí a aquello y volví una vez más al tema que verdaderamente me interesaba:

—¿Estás segura de que fue *miss* Presley la que te telefoneó, Judy?

—¡Pero, Alf!

—De acuerdo, querida, fue ella, pero yo no te llamé ni di recado alguno para que vinieras —hice un gesto con la mano cuando hizo ademán de interrumpirme y proseguí—: ¿Dónde te encontrabas cuando recibiste ese aviso?

—En mi despacho. ¿Por qué?

Sin hacer caso de su pregunta proseguí interrogando:

—Antes de venir aquí, Judy, y recuérdalo bien, ¿estuviste en tu apartamento?

Respondió sin vacilar y como siempre mirándome a los ojos:

—No. ¿Es que ocurre algo?

Tampoco respondí a aquello y continué preguntando:

—Ahora dime la verdad, Judy, antes de que nos vayamos a dormir, pues es bastante tarde —empecé—. La rubia que encontraste al parecer muerta en el interior de tu apartamento era...

Me interrumpió:

—Era su secretaria, pero yo no lo supe hasta que la vi dentro de aquel horroroso cajón de plomo de la Morgue, y te estoy diciendo la verdad.

La creí, desde luego, por lo que tardé bastante en responder mientras que mis pensamientos cabalgaban en el interior de mi mente por regiones insospechadas hasta entonces.

CAPÍTULO VII

El silencio se estaba haciendo pesado entre los dos cuando dije:

—¿Cómo fue, Judy?

—Exactamente cómo te dije, Alf. Kincey quedó en recogerme y... y tú lo encontraste muerto en el interior de mi apartamento. Ahora, lo que no me explico, es por qué faltó a la cita para ir directamente allí cuando habíamos quedado en que iríamos los dos juntos —me miró fijamente y añadió al llegar a la misma conclusión que yo—: A no ser que alguien le telefonara en mi nombre diciéndole, tal vez, que iba a retrasarme y que por tanto debía de esperarme en mi casa. Pero si es así, ¿por qué llevarle hasta allí para asesinarle y en mi propio... mi propio...?

Calló mirándome con los ojos muy abiertos y aunque no pronunció una sola palabra más ni yo tampoco, supo que ambos estábamos pensando en lo mismo.

Para llevar a Stivens hasta allí, mediante una cita imaginaria, sólo había un motivo: el de complicar a Judy en el crimen, cometido con...

Lentamente, sin dejar de mirarla extraje la «Colt» del bolsillo y se la mostré:

—¿La conoces, Judy?

—¡Alfred! ¿De dónde la has sacado, querido?

—¿La conoces? —insistí.

—¡Claro que sí! Es mía. Demasiado pesada para una mujer, ¿no? Pero aun así, es mía. ¿Dónde la encontraste y...?

Se interrumpió en seco y la vi palidecer de un modo horrible; luego empezó a temblar y balbuceó:

—No será... no será... ¿Verdad que no... Alf?

—Me temo que sí, querida, que les mataron con ella.

—Yo... yo no fui, amor. No, no lo hice yo y quiero, deseo que... que...

—No te esfuerces, Judy, querida —la interrumpí—, que ya lo sé. No respondió.

Sólo me miraba; el temblor que la sacudía de pies a cabeza iba desapareciendo poco a poco, mientras que los colores retornaban rápidamente a su bello rostro.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó.

Forcé una sonrisa.

—Sí —dije.

Y me la devolvió.

—Pero debo hacerte unas preguntas, Judy, y creo que serán las últimas.

Asintió en silencio con un leve movimiento de cabeza, y empecé con la primera:

—¿Qué sabes de Elsa?

Arqueó una ceja:

—No la he visto en todo el día y... Bueno, creo que te dije que no había ido a trabajar.

—La despidieron y ahora, muerta Joly, lo hace para mí, si no tienes inconveniente ya que tú y yo, tan pronto como termine esto, vamos a casarnos.

Al parecer, Judy sólo entendió la última frase ya que respondió:

—Seré tu esposa tan pronto como lo desees, Alf, ¿comprendes?

Sin responder a aquello añadió:

—Creí que ya estabas informada, Judy.

—¿De lo de Elsa...? —Frunció el ceño—. No, y me extraña. ¿Quién la despidió?

—Krammer —dije—. Por lo menos eso es lo que ella me dijo.

Vaciló y su vacilación duró más de treinta segundos, al cabo de los cuales contestó:

—Eso es algo que no comprendo, querido. No, no lo comprendo muy bien.

—¿El qué? —pregunté.

—Elmer debía de haber contado conmigo para despedirla, pero al parecer el odio que ahora siente por ella es mucho más grande que todo convencionalismo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ella y Elmer salieron varias veces juntos. Fueron vistos en algunos clubs nocturnos y... hay quien dice que entre ellos había

algo más que una amistad.

—¿Algo así como lo de nosotros, Judy? —inquirí.

—No, Alf, tanto no. Dicen que se prometieron pero luego... Bueno, creo que fue a causa de *mistress* Presley. Ella tonteó con Krammer y... Elsa rompió aquellas relaciones.

Cambié el curso de la conversación en tanto que una extraña idea pugnaba por abrirse paso en el interior de mi mente:

—¿Qué sabes de Presley?

—Sencillamente lo que todo el mundo.

—¿Y qué es lo que sabe todo el mundo, Judy?

Volvió a sonreír:

—Presley está cansado de Mónica, de las cosas de Mónica, pero no se atreve a más. Aguanta, y todos nos preguntamos cuándo llegará el día en que de el estallido.

—Creo que también, y antes de Krammer, tonteó un poco con Kinsey Stivens, ¿no?

—Sí, así es. Demasiado diría yo.

No respondí, pensaba.

Con aquella idea danzando en el interior de mi mente lo que de un modo repentino me obligó a fijar mi atención en la automática «Colt» que había depositado en la mesita, frente a los dos.

Pregunté:

—¿Quién, dentro de la empresa sabía que tenías esa «Colt», Judy?

Abrió mucho los ojos:

—Todos los del consejo de administración, incluyendo, como cosa lógica, a mi secretaria, ahora la tuya, hasta que arregle esto con Krammer. Él no puede despedir a nadie sin mi autorización, y me estoy preguntando por qué lo hizo.

No respondí.

De nuevo meditaba.

Krammer otra vez; Mónica Presley y el propio Richard, y el despido de Elsa Ferguson.

Una muchacha que había sostenido relaciones amorosas con Elmer.

Desde luego, algo no encajaba allí.

Sin dejar de mirarme atentamente, Judy también guardaba silencio, hasta que de un modo repentino formulé una pregunta

apuntando una posibilidad.

La vi abrir los ojos, brillantes como estrellas.

—Es algo que puede ser así, Alf —respondió, pero lo dudo—. Por lo menos, éstas no son mis noticias, como ya te dije.

No contesté.

Con el ceño violentamente fruncido estuve barajando todo aquello en el interior de mi mente hasta que de un modo repentino me puse en pie y seguido primero por su curiosa mirada, que se alarmó más y más a medida que me fui acercando al teléfono, levanté el auricular y empecé a discar.

Silencio.

Esperé un poco, un par de minutos a lo sumo, tiempo inconmensurablemente largo si se tiene en cuenta que continué con el microteléfono en la mano y luego recibí la respuesta.

Judy, sin dejar de observarme no dijo nada, pero cuando sin pronunciar palabra di media vuelta y alcancé la puerta, con un ligero grito se precipitó hacia mí y me volví justo cuando llegaba a mi lado por lo que no tuve más que abrir los brazos para recibirla en ellos.

—Alf, amor, no vayas —dijo—. No lo hagas...

La interrumpí sabiendo que me había comprendido sin necesidad de palabras.

—Debo hacerlo, pequeña —dije—. Tú quédate aquí como acordamos, ¿comprendes?

—Voy a ir contigo, Alf. Métete eso bajo el pelo porque va a ser así.

Tardé sus buenos cinco minutos en convencerla y por fin me vi una vez más en la calle, empuñando el volante del «Cadillac».

Detuve el coche una cuadra antes de llegar y empecé a andar lentamente, tratando de redondear aquella idea porque no era más que una simple idea que podía o no ser cierta pero que me hacía presumir lo primero debido a la llamada que no hacía mucho efectué en presencia de Judy.

Una llamada que obtuvo la respuesta que yo esperaba. Continué andando pensando en Mónica Presley.

En la preciosa y bella Presley y en sus amoríos, uno de los cuales había llevado a un hombre a la muerte, y a mi secretaria.

Y en Krammer revoloteando en torno a ella y por cuya causa

rompió sus relaciones con Elsa Ferguson, terminando por despedirla de su oficina de la Oil, sin tener en cuenta para nada la opinión de Judy.

¡La pobre y querida Mónica!

¡Y la desmedida ambición de Mónica!

Crucé la bocacalle, alcancé la otra acera y seguí mi camino sin dejar de pensar.

Cuando entré en el portal, pasando la automática de la funda de la axila al bolsillo de la americana, mis pensamientos eran sombríos.

Empecé a subir, lentamente, diciéndome en aquel momento que debí, para ser más exacto, efectuar dos llamadas telefónicas en vez de una, pero ahora, a aquellas alturas, lo mismo daba una cosa que la otra.

El pasillo.

El apartamento frente a cuya puerta dudé por espacio de varios segundos hasta que consulté el reloj de pulsera.

La una de la madrugada.

Bastante tarde por cierto.

Pegué el oído a la madera de la puerta pero ningún rumor me llegó del interior del apartamento.

¿Llamar?

Dudé por segunda vez entre hacerlo o no, hasta que finalmente opté por lo primero.

Levanté la mano y oprimí el botón del zumbador. Silencio.

Llamé de nuevo y escuché.

Pasos de mujer que se detuvieron detrás de la puerta y continué esperando.

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Abra, es importante.

Oí una ahogada exclamación y la puerta se abrió enmarcándola en el umbral:

—¡Usted!

Respondí con una pregunta:

—¿Acaso no me esperaba?

—No, claro que no —dijo—. ¿Por qué había de esperarle?

—Si mal no recuerdo, aunque nos vimos mucho antes, querida —respondí calmosamente—, la cita fue para esta noche y en mi

apartamento, ¿no?

Frunció el ceño y como yo esperaba se apartó de la puerta para dejarme pasar y crucé el umbral.

Cerró a mi espalda y con un gesto de su mano me indicó que la siguiera.

Lo hice pendiente de todos sus movimientos.

Una nueva puerta; la que daba acceso al *living*, la cruzó llevándome detrás, di un paso hacia adelante, otro, y entonces supe que no me había equivocado porque en aquel momento algo explotó sobre mi cabeza con enorme fuerza...

Abrí los ojos.

El *living*, la alfombra... y miré a mi alrededor.

Ambos me observaban en silencio, desde los sillones, pero sólo una persona empuñaba un arma con la que me apuntaba. Un arma que no era ni más ni menos que mi propia automática.

Fue él mismo mientras yo trataba de incorporarme, el que preguntó:

—No parece muy sorprendido, Warren, ¿por qué? No me diga que ya...

—No lo estoy —respondí sentándome en el suelo.

Entonces él dijo:

—No se mueva de ahí, Warren, o esto terminará mucho antes de haber empezado. Lo entiende, ¿verdad? —Hizo una ligera pausa y comentó—: Jamás debió venir esta noche aquí, fisgón. Ahora, lo que no entiendo es cómo... cómo...

—¿Cómo lo supe?

—Exacto.

—No lo sabía —declaré fríamente—, hasta que usted mismo me lo dijo.

—¿Que yo...? Está usted loco, Warren.

—Todos estamos un poco locos —la miré a ella y añadí—: Su amante de usted, Elsa, cometió un error... o mejor dicho, un descuido. Claro que él no sabía que esta misma noche yo iba a telefonarla por dos veces, querida. Una hace horas y... Bueno, *mistress* Presley me dijo que su marido no se encontraba en casa. Al pronto no lo comprendí ni mucho después, cuando me llevaron al apartamento de *miss* Morris para asesinar me allí lo mismo que hicieron con Stevens, tampoco. Fue mucho más tarde y durante la

conversación que sostuve no hace mucho con la propia *miss* Morris. Ella me dijo que usted, Elsa, fue prometida o amante de Krammer y que usted misma rompió sus relaciones con él a causa de *mistress* Presley, y esto no corresponde a la realidad, ¿verdad? Fue el propio Krammer el que la despidió cuando se enteró de que también tonteaba con Presley aquí presente, pero ambos idearon lo contrario. No obstante, y a pesar de todo, usted, Presley, mató por celos. Asesinó a Kinsey Stivens a causa de Mónica porque la amaba y apuesto lo que sea que a pesar de todos los pesares la sigue amando aún. Sospecho que de un modo u otro se enteró de que aquella noche Stivens tenía una cita con *miss* Morris y usted o Elsa le llamaron de parte de Judy diciéndole que iba a quedarse un poco más tarde en su despacho y que la esperara en su apartamento. Le siguió y allí terminó con él. ¿Fue o no fue así, Presley?

Me miró fijamente y luego le vi sonreír un tanto cínicamente y me dio asco.

—Ahora —preguntó—, lo que hace falta es que me diga cómo y por qué maté a su secretaria.

—Eso también lo sé —repliqué—. Lo hizo por culpa de ella misma, por su curiosidad. Joly me amaba —afirmé recordando—, y estaba presente cuando *miss* Morris me telefoneó dándome una cita para aquella noche y decidió adelantarse. Sentía celos de mí y quiso conocer a la que conceptuaba como una rival. Ilógico de todo punto pero tenga en cuenta que en la mayoría de los casos, las mujeres son completamente ilógicas. Tal vez creyó que era un truco mío para delante de ella concertar una cita con otra mujer y se presentó allí, justo en el momento en que usted terminaba con Stivens, ¿no? Sospecho que la golpeó desmayándola pero ella le vio, lo que quizá le hizo pensar que debía terminar también con ella, pero *miss* Morris se presentó en aquel mismo instante y lo dejó para más tarde huyendo por la escalerilla de emergencia justo cuando ella entraba en su apartamento. La vio y...

No dije más ni creo que hiciera falta y continué mirándole fijamente, desde el suelo donde me encontraba sentado, hasta que preguntó:

—¿Eso es todo, pesquisa?

—¿Todo...? No, queda algo. La automática. *Miss* Morris me confesó que la guardaba en el cajón de su despacho al alcance de

cualquiera. Usted la tomó, Presley, y asesinó con ella por dos veces, intervino y se asustó cuando empecé a hacer preguntas, ninguna de las cuales les había hecho la policía y entonces habló con Elsa. La convenció para que me saliera al paso, llevando esa automática en el bolso, explicándome que había sido despedida de la Oil, cosa que me chocó bastante ya que *miss* Morris no tenía noticia del hecho. Era... Bueno, ninguno de los dos esperaba de que le ofreciera un empleo pero cabía la posibilidad por lo que necesariamente Elsa tendría que ir a mi oficina. Allí y dentro de uno de los cajones de la mesa de Joly, tema que dejar la pistola y fingir delante de mí que la había encontrado y... sobre todo, tenía que decirme que era propiedad de *miss* Morris y yo... antes de ir a la policía, haría exactamente lo que pensaron. Fui a ver a *miss* Morris a su apartamento. Pero tan pronto como abandoné mi despacho Elsa la llamó dándole una cita en mi nombre por lo que *miss* Morris lo abandonó. Hecho esto, Presley, Elsa le llamó a usted diciéndole que *miss* Morris ya no se encontraba en su casa y que yo iba hacia allí. Me esperó, pero erró un par de disparos, que le han conducido a todo esto.

—¿A mí o a usted?

—A ambos, Presley —respondí fríamente—. A mí y a usted. Termine conmigo pero no irá muy lejos.

No le dije más.

No deseaba que supiera que Judy, lo mismo que yo, ¿sabía que él era el asesino?

Pero sí añadí:

—Ahora, lo que me gustaría saber, es lo que le prometió a Elsa para que le siguiera el juego a usted, Presley.

Ninguno de los dos me respondió a aquello.

Pero Presley formuló una pregunta:

—Usted habló de dos llamadas, Warren, ¿a quién le hizo la segunda?

—A su propia esposa y como la anterior, preguntando por usted. Me dijo un par de cosas feas pero finalmente respondió que aún no había vuelto a su casa por lo que sospeché que vino aquí, a decirle a Elsa que había fracasado en el intento de asesinarme y tal vez para tratar de hacerlo mucho mejor en la próxima, cosa fácil ya que ahora ella es mi secretaria.

Y había una marcada ironía en mis palabras finales que estoy seguro no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

Empecé a ponerme en pie.

—Con cuidado, pesquisa, ¿entiende?

No respondí y terminé de levantarme.

Cuando lo hice, Richard Presley había abandonado el sillón y se estaba acercando de espaldas a la puerta.

Lentamente, mirándole muy fijo, Elsa Ferguson empezó a imitarle pero tan pronto como terminó de levantarse, Presley añadió:

—¡Quédate donde estás, querida! No te muevas o...

Desorbitó los ojos y entonces intervine antes de que pudiera decir nada:

—Presley ya no la necesita, Elsa. Además, los testigos son siempre peligrosos y ahora él tiene la vía libre... hasta dentro de muy poco pero al parecer, ninguno de los dos...

Me interrumpió como ya esperaba, pero dirigiéndose a él:

—¡No puede ser, Richard! ¡Tú no puedes hacerme eso a mí! Dime que no, que estás bromeando. Tú... tú me dijiste que me amabas, que terminarías por casarte conmigo... Es... es una broma, ¿ver...?

—¡Calla! Esto se terminó, querida. Warren... hasta lúe...

No terminó porque en aquel mismo instante la puerta que había a su espalda se abrió con violencia:

—¡Tire el arma, míster...!

No esperé.

Me lancé contra Elsa y ambos rodamos por el suelo en confuso montón en tanto que hasta nuestros oídos estallaban dos detonaciones.

Luego se hizo el silencio que se rompió casi al segundo siguiente:

—Puede ponerse en pie, Warren... ¡y maldito sea su sucio pellejo!

No respondí.

Mentalmente y por primera vez en mi vida agradecí junto a mí la presencia de la policía, se tratase o no del teniente Murphy de Homicidios.

Lo hice, ayudé a Elsa a que se levantara y les miré.

Cinco agentes de uniforme, él, y *miss* Judy Morris, y al verla frente a mí, pálida pero con los ojos brillantes, comprendí que ella les había llamado tan pronto como abandoné mi apartamento.

Fue a decir algo pero las súbitas palabras de Murphy, mientras los ojos desorbitados de Elsa iban al cadáver de Presley, me interrumpieron:

—Supongo que tendrá suficientes palabras para explicarme todo esto, pesquisa, antes de que me decida a llevarle al precinto, ¿no?

Las tuve, tantas, que clareaba el nuevo día cuando abandonamos el apartamento de Elsa Ferguson, ella camino de pasar a disposición del fiscal del distrito y nosotros dos, Judy y yo, hacía mi apartamento.

Nos encontrábamos muy cerca del mismo cuando rompió el silencio con una pregunta:

—Queda Krammer y... *mistress* Presley, ¿no?

—¿Te refieres a ese intento de terminar contigo dentro de la empresa?

—Sí, claro, siempre creía que partía de todo... Que era un derivado de lo ocurrido pero veo que no es así.

—Explícate, ¿quieres?

A mi lado, con los bellos ojos entrecerrados, Judy tardó en responder unos cuantos segundos.

—Es sólo una sospecha, Alf —dijo.

—¿Sí...?

—Sí; verás. Mónica también empezó desde abajo, ¿comprendes? Sé, me consta, que vivía bien con Richard pero deseaba más... Desea más, y Krammer es tan ambicioso como ella misma... y más, mucho más que pueda serlo yo. Ambos se entienden y ahora, muerto Presley, me temo que se salgan con la suya.

No respondí sabiendo que estaba en lo cierto.

Pero Judy sí continuó hablando:

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora que vamos a casarnos, pesquisa?

Fruncí el ceño y pregunté:

—Dímelo tú, ¿quieres?

—Voy a presentar mi dimisión, querido, y en forma irrevocable. Me gustan los pesquisas inteligentes.

—En ese caso, Judy —respondí calmosamente—, efectivamente

nos vamos a casar, y dentro de unas horas. Tan pronto como hayamos descansado un poco.

No respondió, cerró los ojos del todo, se retrepó contra el respaldo del asiento, y continué conduciendo lentamente y en silencio.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

